

India piramidal



Juan Manuel Gutiérrez

«Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.me/jmguerrera)
- **Cripto:** jmguerrera (317672988)
- **Mercado Pago:** Usando TRANSFERIR DINERO (alias *cruza.supo.cabeza.mp*), ENVIAR DINERO(jmguerrera@gmail.com)o el QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

India Piramidal

Juan Manuel Guerrero

“Cree con un oído, desconfía con el otro.”
Proverbio indio

Introducción

Es noviembre de 2023.

Dicen que a la India, luego de visitarla, se la ama o se la odia. Sin términos medios. A mí no me sucedió ninguna de las dos cosas.

Me puse a pensar entonces en disyuntivas que sí me representarían. Fue así como llegué a las siguientes: la India, luego de visitarla, te fascina o te espanta. Y a mí me fascinó, a pesar de que cada vez menos cosas me fascinan.

¿Y por qué me fascinó? Porque no solo es otro mundo, sino que es un racimo de mundos que conviven, donde cada día uno se encuentra con nuevas sorpresas. Casi en oposición a “nuestro mundo”, donde parece existir una cierta tendencia a la monotonía

Tantas nuevas perspectivas me aportó el viaje que por primera vez en mi vida tuve la visión de un libro de relatos con un eje temático más o menos definido, en contraste con la variedad temática que habían tenido mis libros hasta entonces.

Dentro del interminable mundo de la India, de los misterios remotos a los que apenas pude asomarme, hubo una finísima dimensión que me resultó particularmente atrapante. Lo definiría como “el estilo indio para la estafa”, con sus propias técnicas y recursos, pero sobre todo con sus propios principios.

¿Y por qué eso me llamó la atención? Quizás porque siento que nosotros (los argentinos), o por lo menos algunos, también somos estafadores. Unos mucho más superficiales, de poca monta, sin grandes filosofías sobre nuestras espaldas a las que debemos confrontar o ante las cuales tengamos que justificarnos nuestro comportamiento.

India es un mundo que me pareció muy cercano en su accionar, pero también muy lejano en sus raíces y en su densidad. Y que me puso a la defensiva, como si yo tuviera un orgullo que proteger. Fue como si de repente, nosotros, apasionados contemporáneos de Messi y Maradona, nos encontráramos jugando al fútbol con una civilización que lo practica desde hace miles de años.

Este libro es el humilde resultado de estas ideas y sensaciones.

Además de ser a la gorra, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que cualquiera puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De conseguir alguien esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia. Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

Centro Cerrado¹

Para Noe.

“¿Primera vez en India?”, esa era la pregunta que te hacían muchos indios para medirte. Una respuesta afirmativa significaba que eras un tierno y que con alta probabilidad no conocías los interminables artilugios que manejaban para sacarte dinero. “¿Y hace cuánto tiempo que llegaste?”, era la siguiente pregunta, como para calibrar con mayor precisión tu ubicación en el suave mundo de la ternura. Una respuesta negativa los decepcionaba, pero nunca jamás los llevaba a darse por vencidos.

No lo sabía la primera vez que llegué a la India. Algunos conocidos me habían dado muchísima información sobre la comida, el clima, etc., pero ninguna sobre cómo defenderme de las maniobras filodelictivas que acechaban en cada esquina. Quizás habían realizado un viaje burbuja y, atornillados a un taxi prepago, habían renunciado a experimentar el vértigo callejero para poder viajar en paz. Yo los comprendía.

Yo sabía que la India era enorme y caótica. De un modo general, también sabía que el desorden era la tierra fértil donde crecían los estafadores. Pero, por supuesto, no podía saber el detalle de cada una de las situaciones que se me presentarían.

No todas eran malas noticias. Yo sentía tener el respaldo instintivo de la cultura argentina y latinoamericana, donde cada movimiento cercano representaba un peligro y, por lo tanto, era mandatorio estar siempre alerta. Cuando viajaba afuera, especialmente a países difíciles, llevaba esa desgracia como un capital del cual hasta llegaba a sentirme orgulloso. Y, entonces, me auto imponía la responsabilidad de no defraudarlo.

Eran las diez de la noche cuando llegué a Delhi. Al salir del aeropuerto, con buenas cuotas de paranoia y resignación, cambié dinero carísimo en el aeropuerto y compré un chip para mi teléfono celular. La línea recién se activaría seis horas más tarde, es decir, mi viaje hasta el hotel sería a la vieja usanza, con anteojeras virtuales. A pesar de ello, estaba listo

para tomar todos los transportes públicos que fueran necesarios, con mi gran mochila, mi blanchura invernal y un cuchillo entre los dientes.

Salí del aire acondicionado del aeropuerto y choqué contra una pared de pesado aire cálido, como le ocurre al agua cuando la vuelcan sobre el aceite. Un puñado de conductores de taxi se abalanzó sobre mí. Pensé en los dólares que tenía en los bolsillos. Afuerza de repetir “no” en un tono cada vez menos amigable, me hice lugar hasta entrar en la estación demetro, felizmente ubicada dentro del aeropuerto. Unos cuarenta minutos de viaje en el metro me llevaron hasta la estación que conectaba con la terminal de trenes.

Yo había visto muchas cosas en mi vida, pero la primera vista de Delhi fue impresionante. Una gran avenida intentaba contener una caudalosa corriente de colectivos, autos y *tuc tucs* que no paraban de tocar bocina. Por encima de la avenida, un puente peatonal, tubular e iluminado, permitía cruzarla y le daba tintes extraterrestres a la escena. Más atrás, se levantaba lamítica terminal de trenes. Y todo teñido por una densa nube de *smog* que atenuaba los reflectores y limitabala visibilidad general.

El camino hasta el hotel parecía sencillo. Debía atravesar la avenida utilizando el puente tubular y luego la terminal utilizando el puente de los andenes. Una vez del otro lado, caminar unas pocas cuabras. Según mis cálculos, el trayecto me tomaría no más de veinte minutos.

Cuando abandoné la primera contemplación de la ciudad, me di cuenta de que dos hombres me miraban. Estaban parados junto a la escalera que daba acceso al puente tubular. Caminé hacia allí condeterminación e ignoré lo que me dijeron. Solo escuché algunas palabras sueltas, como “festival”, “centro cerrado” y “permisos”. Me felicité por esa primera no interacción. Ya en el puente, mientras caminaba, volví a contemplar el espectáculo de la calle desde la altura.

Al final del puente tubular, había un nodo de conexiones que permitía acceder al puente de los andenes para cruzar la estación, pero también bajar las escaleras para llegar al otro lado de la avenida. En esenodo había unas tres personas, bien vestidas, interceptando a los peatones. De manera sistemática, les impedían el paso al puente de los andenes y los desviaban hacia las escaleras laterales, con el breve anuncio en voz alta de que solo aquellos con tickets de tren podían acceder al puente de los andenes.

“La puta madre”, fue lo primero que pensé. Lo único que tenía que hacer para llegar al hotel era cruzar el puente y estas personas me decían que no podía hacerlo.

Encaré a uno de los individuos desviadores e insistí en que necesitaba pasar. Le expliqué de mi viaje interminable, de la hora de la noche, del breve trayecto que necesitaba hacer para llegar hasta el hotel. Hablando rápido y en voz alta, me volvió a explicar que no podía pasar. Solo podía hacerlo si tenía los tickets. Le pregunté por qué. De manera amable pero firme, me explicó que era para mantener el orden en la estación. Además, el centro, del otro lado de la estación, estaba cerrado debido al festival. ¿Tenía el permiso? En caso negativo, tendría que ir a buscarlo a la oficina de turismo para acceder a esa zona. “Pero a mí nadie me avisó nada”, insistí. El hombre puso cara de lamento y me señaló la escalera.

La respuesta era discutible, pero no parecía insensata. Después de todo, no era una locura que alguien intentara organizar un poco semejante descontrol super poblacional. India estaba a punto de convertirse en el país más poblado de la Tierra. ¿Acaso alguien esperaba lidiar con un reloj suizo?

“¿Primera vez en India?”, interrumpió el hombre mis reflexiones. “Sí, acabo de llegar”, me vendí sin saberlo. El hombre hizo un gesto de querer ayudarme. Me pidió que lo acompañara hasta la cabecera de las escaleras y me dio indicaciones precisas sobre en cuál dirección bajar, cómo tomar un tuc tuc hasta la oficina de turismo y cuánto pagar como máximo por ese transporte. Era un precio muy barato. Yo me resistía a cambiar mi cómodo plan de caminar unas pocas cuadras por este plan largo y burocrático, pero no veía alternativas.

Bajé por las escaleras y me encontré del otro lado de la avenida. Había una especie de parada de tuc tucs, además de varios puestos de comida callejera. Y había mucho ruido. Un hombre de camisa azul me interceptó. En un buen inglés, me ofreció un tuc tuc para ir hasta mi hotel. Si no tenía el permiso, lo iríamos a buscar gratis. Lo ignoré. Tenía la vaga y correcta idea de que yo era quién debía elegir el tuc tuc y no al revés. Navegué entre el desordenado borde de la avenida. Los conductores no hablaban inglés o por lo menos no me entendían. Mientras tanto, el hombre de camisa azul no paraba de perseguirme y hablarme. Inútil era que lo ignorara o que le pidiera de mala manera que me dejara en paz. Estaba decidido a no dejarme pensar. Por fin encontré un conductor de tuc tuc que

parecía hablar un poco de buen inglés. Traté de negociar con él, pero el hombre de camisa azul intervenía y le hablaba en hindi.

Yo tenía cada vez más ganas de agarrarme atropadas ahí mismo, pero mi sentido de la sensatez todavía al mando me advirtió que no era la mejor manera de comenzar el viaje. Llevaba solo quince minutos en la calle. Además, tenía la computadora, el dinero y otras cosas de valor en la mochila, sin contar que una pelea de final incierto retrasaría todavía más mi llegada a destino.

Parado junto al conductor de *tuc tuc*, el hombre de azul volvió a hablar como el capitán de un equipo inexistente. Me dijo que intentaríamos acceder al centro sin el permiso. En caso de fallar, me llevarían a la oficina de turismo sin costo para buscarlo. “Qué tipo denso, dios mío, qué ganas *deembocar*lo acá mismo”, pensaba y me refregaba la cara, en un inequívoco signo de cansancio que mi adversario debe haber saboreado con placer íntimo. Así era. Había viajado más de treinta horas y tenía hambre. Estaba solo, flotando en un mar de idioma hindi sin aparente tierra a la vista. En un error que ahora es fácil calificar como histórico, decidí aceptarlas condiciones intervenidas del conductor y seguir adelante.

Subí al vehículo. El *tuc tuc* se sumó a la comparsa de bocinas hasta que logró salir de la zona más atestada de tráfico. Luego, tomó una especie de avenida que por contraste parecía silenciosa. Eso habilitó al conductor a intentar la conversación. En India, muchas personas hablaban inglés, pero era un inglés transaccional, limitado, útil para desenvolverse en la vida diaria, pero no para filosofar. Me preguntó lo de siempre, si era mi primera vez en India, tiempos de estadía, lugares de visita, etc. Luego me preguntó si practicaba yoga. Le dije que no y le devolví la pregunta. “No, yo soy pobre”, me contestó. Ninguno de los dos supo cómo seguir la conversación.

Llegamos hasta lo que parecía ser uno de los accesos del centro. Estaba muy iluminado y había una gran cantidad de vallas amarillas. En letras rojas, las vallas decían “Policía”. Intentamos pasar, pero dos hombres bien vestidos nos lo impidieron. El conductor intercambió unas palabras en hindi y luego me explicó que, tal cual me lo habían adelantado, no podíamos pasar sin el permiso. Miré al cielo, buscando inspiración. Perdido por perdido, me dirigí a los hombres y les expliqué lo obvio, que era tarde, que acababa de llegar y que nadie me había avisado del permiso. Necesitaba

que por favor hicieran una excepción. Me sentí un poco ridículo pidiendo lo mismo que sin dudas pedirían todos, pero había que intentarlo. Los hombres se lamentaron y me dijeron que era imposible. Debía sacar el permiso y regresar. “Qué ridiculez”, pensaba una y otra vez. “¿Por qué el hotel no me avisó nada? ¿Por qué no había avisos en el aeropuerto o en el metro? ¿Por qué las oficinas de turismo no estaban en esos lugares?”

Partimos en busca del permiso. Era claro que nos alejábamos del centro, porque el tráfico se volvía cada vez más tranquilo. Tomamos otra avenida y, luego de un buen rato, doblamos en una calle lateral desolada. “Espero no estar en el horno”, pensé. En medio de la oscuridad, apareció un local bien iluminado que decía *Turismo*. Miré bien el lugar. No era un local oficial, sino una supuesta pequeña empresa. ¿Qué hacía este local, fuera oficial o no, en medio de la nada? ¿Por qué estaba abierto a esa hora? Más importante todavía, ¿qué hacía yo estacionado en la puerta, con todas mis pertenencias, recién llegado a India? “Qué raro todo, carajo”, no paraba de repetirme.

El *tuc tuc* se detuvo y el conductor me señaló el local. Traté de pensar por un minuto. Decidí bajar con todo mi equipaje. Entré a la oficina. Más que una empresa, el lugar me recordaba a las *unidades básicas* de Buenos Aires. Lo primero que había al entrar era una sala de espera, con un gran mapa mundi centrado en India como decorado principal sobre una de las paredes. Una voz me llamó desde el fondo.

Pasé. Un hombre consistente con el lugar me estaba esperando. Operaba su estación de trabajo con una gran naturalidad, como si fueran las once de la mañana. Tenía un notable parecido a Diego Armando Maradona, pero con una tonalidad de piel más oscura. Esa apariencia me llevó a concientizar una sensación que confirmaría en el resto del viaje: las facciones de las personas indias eran bastante parecidas a las nuestras. Y también la expresividad, la mirada y la forma general de moverse.

El hombre me invitó a tomar asiento. Acepté y le pedí el permiso para circular sin demasiados preámbulos. El hombre me preguntó si era mi primeravez en India, dónde iba y cuál era mi hotel. Le contesté. Me explicó que había un festival, que el centro estaba cerrado y que era necesario un permiso. Lo de siempre. La novedad era que, según él, la mayoría de los hoteles de la zona también estaban cerrados. “No puede ser, nadie me avisó nada”, volvía negar esa posibilidad con firmeza.

El hombre me pidió paciencia y buscó el hotel en Internet. Cuando lo tuvo en pantalla, levantó el teléfono y marcó el número. Tuvo una breve conversación en hindi. Luego, me pasó el teléfono. Una voz del otro lado confirmaba los hechos: festival, centro cerrado, hotel cerrado. Como un reflejo, le pedí que me detallara su nombre y los datos de mi reserva. Me dio un nombre indio imposible de retener y luego se limitó a repetir que solo era un recepcionista telefónico, cuya única función era informar que el hotel estaba cerrado por el festival. Devolví el teléfono al hombre sentado frente a mí. Lo colgó y, muy tranquilo, se quedó mirándome.

En mi interior había una batalla. Una parte de mí se aferraba al escepticismo. Todo era demasiado extraño, aun para tratarse de la poco sistemática India. Había cosas que simplemente no podían ocurrir en ningún lugar del mundo. Mi otro yo, más cansado e inseguro, me recordaba que no tenía idea de cómo funcionaban las cosas de este lado del planeta. O que, en verdad, sí la tenía: todo era posible.

En ese debate me desangraba cuando el hombre me ofreció la posibilidad de reservar otro hotel. Esa oferta encendió alarmas adicionales. Si había que poner dinero extra estábamos en el mal camino.

Le informé al hombre que saldría afuera un momento, a tomar un poco de aire antes de decidir qué hacer. Me advirtió que pronto los hoteles cerrarían la toma de reservas. ¿Realidad, simple presión vendedora o confirmación de un peligro mayor en ciernes? Lo ignoré y salí afuera. Dos hombres desconocidos conversaban con el conductor del *tuc tuc*. Me acerqué y le presenté mis quejas por haberme llevado hasta ese lugar, en medio de la nada, para sacar un permiso que no me daban. Yo quería ser firme, pero dada mi inferioridad en todos los planos, tampoco quería hacer locuras. De ningún modo deseaba forzarlos a hacer conmigo más de lo que tuvieran en mente hacer. Mientras yo ampliaba mi descargo, los hombres desconocidos se reían de mi movimiento de manos y me pedían que me calme. “¡No quiero calmarme un carajo!”, les dije en español.

Yo ya había aceptado que algo no estaba bien, que probablemente había una estafa pendiente sobre mi cabeza, pero todavía no la comprendía por completo ni estaba seguro de cómo salir de ella. El hecho de que todavía no me hubieran asaltado mantenía latente la posibilidad de que hubiera algo de cierto en la historia que todos me repetían sin fisuras.

El conductor y los dos hombres me insistieron en que volviera a entrar al local. “¿Y estos dos *muñecos* quiénes son? ¿Qué hacen acá, opinando?”, dejaba crecer en mí la intolerancia. Bendecido por una ráfaga de claridad, decidí enfocar mis esfuerzos en mantenerme lo más cerca posible del plan original. Volví a entrar al local y me dirigí al fondo. El Maradona indio seguía sentado en el mismo lugar. Le dije que quería el permiso. Ninguna otra cosa me interesaba. ¿Iba a dármelo o no? El hombre me explicó que solo era posible gestionar el permiso si yo tenía reserva en algún hotel abierto de la zona y ese, lamentablemente, no era mi caso. “Entonces, adiós”, le dije y encaré la salida

Volví al *tuc tuc*. Ignoré a los dos hombres desconocidos. Me subí y le hablé de mal modo al conductor. Lo responsabilicé por la situación en la que estábamos y le exigí regresar de inmediato a donde habíamos comenzado el viaje. Empezaríamos de nuevo, aunque fuera la medianoche. Supongo que una parte de mí ya comprendía la situación porque, como si fuera otra persona, agregué: “Como alternativa, podés llevarme hasta el hotel y voy a pagarte el doble de lo acordado”. El conductor bajó la mirada, hizo una mueca de decepción y reflexionó durante unos segundos. Luego encendió el vehículo y, sin decir nada, arrancó. Más allá de mi impostada seguridad, todavía no sabía adónde íbamos. Luego de varios minutos de tráfico creciente, comprendí que volvíamos a acercarnos al centro.

En un momento inesperado, el *tuc tuc* se detuvo en una esquina. El conductor me señaló una de las direcciones de la calle transversal. “El hotel está acuatro cuadras”, me dijo.

El intento de estafa se confirmaba. Lo miré enfurecido. Le puse un dedo casi en la cara y le reproché su accionar. Quizás para realzar mi acusación, o porque era muy poco dinero, o porque en el fondo lo comprendía y me daba pena, saqué el dinero que le había prometido y se lo tiré en el pecho.

Me bajé del *tuc tuc* y caminé en la dirección señalada, no sin desconfianza. Era una de las entradas al Main Bazar, zona comercial efervescente que, a esa hora de la noche, descansaba. La calle estaba casi desierta. Había una impresionante cantidad de basura a los dos lados de la calle. ¿En las veredas? No, las veredas no existían. Algunas personas no amenazantes deambulaban por el lugar. Había vacas también, alimentándose de la basura. No había festival, ni centro cerrado, ni permiso.

Cuatro cuadras más adelante, encontré el hotel. Era grande, estaba abierto y proyectaba una gran normalidad en su funcionamiento. Entré. Había poca gente en el hall central y unos pocos empleados trabajaban en la administración en un clima de relativa calma. Al hacer el *check-in*, comenté el intento de estafa con el recepcionista. “Ah, sí, un clásico. Todos los días cae alguien”, me contestó sin inmutarse, sin siquiera levantar la mirada del gigantesco libro de registro de pasajeros que estaba completando.

Con el pasar de las semanas, conocería a otros viajeros que habían sufrido la misma emboscada. La gran mayoría había caído del todo. Y no solo habían sido derivados a hoteles carísimos, sino que además habían terminado contratando viajes para salir de Delhi, hacia otras ciudades “donde sí había capacidad hotelera disponible”.

Cada vez que alguien me contaba sobre la estafa, yo me sentía algo orgulloso de no haber caído del todo. Digo “algo” porque, en el fondo, tenía la certeza de que no me había salvado por mérito propio, sino porque los estafadores habían fallado en la resolución.

Mil cuatrocientos millones de habitantes. Miles de años de historia. Centenares de culturas amalgamadas en eso que llamamos la cultura india. Cuna de grandes religiones y filosofías. Infinitos conflictos, historias y leyendas. Decenas de personas involucradas en una sofisticada escena teatral para desviarme de la estación y llevarme hasta un confín de la ciudad. Y sin embargo, los indios no habían sido capaces de resolver la estafa, a pesar de tenerme aislado, indefenso, en un desconocido callejón oscuro y sin salida de la incontrolable ciudad de Delhi. Una situación de jaque irremontable que los latinoamericanos, con su juventud histórica y cultural, en cualquiera de sus grandes ciudades, hubieran resuelto de una manera mucho más eficaz, rentable y, tal vez, definitiva.

Ayudar a ambos mundos

“La victoria de Alá está cerca. Ali ayudará a ambos mundos con su espada Zulfiqar.”

*Grabado en una espada del siglo XVIII
Dinastía Talpura. Sindh, Pakistán*

Parece haber destinos que atraviesan instrumentos, distancias y tiempos para realizarse. Lo hacen en silencio, con plena prescindencia de la mirada de los hombres. A veces, muy de vez en cuando, creemos identificar una serie de hechos, entre los millones disponibles, que se encadenan de un modo al que podemos encontrarle un significado. Y alentamos de esa forma la creencia en un futuro que ya está escrito.

Por exceso de fe o por simple conveniencia, nos sentimos de repente con el poder de interpretar destinos. A veces, vamos todavía más lejos y nos atrevemos inclusive al divino derecho de preverlos y hasta de anunciarlos, depositando en ciertos hombres la inhumana carga de asumirlos como propios y hacerlos realidad.

Sobre esa fatalidad reflexionaba Ali ibn Abi Talib, compungido, mientras contemplaba su hermosa espada Zulfiqar. Le había sido obsequiada días atrás nada menos que por Mahoma, su primo y suegro, luego de la batalla de Uhud. “No hay más espada que Zulfiqar, no hay más guerrero que Ali”, le había dicho el Profeta cuando se la ofrendó. Algunos dicen que la exclamación vino directamente del Cielo. Se decía también que había sido Alá quien, antes, había entregado la espada a Mahoma.

Zulfiqar era curva, pero sobre todo resplandeciente, como si le hubieran colocado un mango al cinturón de Orión. Una serie de muescas regulares adornaba el borde posterior de la hoja y hacía pensar en una columna vertebral. La característica más sobresaliente, sin embargo, era la terminación bífida del metal, con las dos puntas bien afiladas.

La espada era llamativamente liviana, sin perder por ello su capacidad de dañar al entrar en combate. El verdadero peso se concentraba en la responsabilidad de poseerla. Verla, pero sobre todo conocer su historia,

causaba impresión en cualquier adversario. No solo era la espada de Alá y de Mahoma, era también la fuerza del mundo islámico proyectada hacia el futuro. Cualquier héroe, de cualquier época, hubiera estado orgulloso de tenerla entre sus manos.

No es difícil comprender el espíritu apesadumbrado de Ali, en el balcón de su habitación, aquellas semanas que siguieron a la batalla de Uhud. Se sentaba allí, solo, para reflexionar mientras contemplaba cómo el sol hinchado se hundía sobre el horizonte. Ni el desértico atardecer de Medina lograba conmoverlo. La sensación primaria era la de haberse convertido en el indeseado protagonista de un enorme malentendido.

Ali pasó a beneficiarse de Zulfiqar y del apoyo de muchos nuevos seguidores, pero eso no significó la revolución que muchos esperaban. No se volvió un ser extraordinario, tan solo siguió siendo el mismo comandante eficaz que Mahoma ya conocía. En las batallas de Khandaq, Khaybar y Hunayn no se destacó más que en las anteriores, a pesar de que buscó con ardor honrar el reconocimiento recibido.

La muerte de Mahoma fue dolorosa, pero no sorprendente. Una fiebre prolongada lo acompañó durante sus últimos días y le permitió inclusive pronunciar el famoso Sermón de la Despedida. En sus palabras finales, el Profeta brindó orientaciones espirituales muy generales, pero por razones desconocidas se cuidó de bendecir explícitamente a un sucesor.

“De quien yo soy su maestro, Ali es su maestro”, había dicho Mahoma cuando regresaba de su último peregrinaje a La Meca, algún tiempo atrás. Para los chiítas, seguidores de Ali, esa declaración era más que suficiente para considerar a su referente como el elegido. Para los sunitas, en cambio, solo era una declaración de amistad, como las que también había proferido hacia Abu Bakr, Umar ibn al-Jattab y Uthman ibn Affan. Idéntica divergencia de apreciaciones se abrió con respecto a Zulfiqar. Para unos, representaba la unción inequívoca de Ali por parte del Profeta. Para otros, una simple muestra de su enorme generosidad.

Ali adhería a la posición que lo favorecía, pero lo hacía menos por convicción que por lealtad a quienes lo secundaban. Y también, de un modo más profundo e incómodo, porque sentía que el destino manifiesto (por los hombres) así se lo demandaba. En la Shura, Ali sostuvo su posición con un desgano que los presentes interpretaron como llamativa humildad. Los demás candidatos, en cambio, apelaron a discursos enérgicos y agresivos

que, dado el contexto conflictivo y desafiante, fueron mejor recibidos. Así fue cómo, con una complicada mayoría, Abu Bakr fue elegido como el primer califa del islam y sucesor de Mahoma.

Con la misma apatía con que había defendido sus propias aspiraciones al poder, Ali felicitó a Abu Bakr y le juró lealtad. A pesar de su posición de importancia en el nuevo gobierno, las semanas que siguieron lo encontraron casi siempre fuera de los edificios públicos. Se ocupaba de la mayoría de los asuntos desde su casa haciendo un uso intensivo de los mensajeros oficiales. Solo estuvo afuera durante las Guerras de Ridda, donde volvió a desempeñarse con visible aptitud. En el siempre seguro refugio del hogar, pasaba tiempo junto a su familia, pero ante todo se dedicaba a la reflexión. Cuando llegaba la hora del atardecer, tomaba a Zulfiqar y se retiraba en soledad al balcón para despedirse del sol. Allí, sentado, contemplaba la belleza de la espada e intentaba a través de ella descifrar las claves de su destino.

El califato de Abu Bakr duró solo dos años. Como había sucedido con Mahoma, el califa enfermó gravemente mucho antes de lo esperado. ¿Llegaba por fin el destino a rendirse, de una vez por todas, a los pies de Ali? La respuesta era no, pues a diferencia del Profeta, el califa moribundo sugirió a Umar ibn al-Jattab como su sucesor y, luego de su muerte, la Shura confirmó esa recomendación.

Una vez más, Ali aceptó los resultados con parsimoniosa indolencia, acaso con una lejana sensación de alivio, como si esa nueva derrota política lo liberara también de la posibilidad cierta de quedar expuesto como un fraude. Esa sensación convivía sin conflictos con el dolor de confirmar, cada año que pasaba, que ser el dueño de Zulfiqar poco contribuía a modificar la realidad. Durante los años que siguieron, Ali tuvo importantes responsabilidades en la administración oficial de justicia y también un destacado papel en la conquista de Persia. Allí utilizó indistintamente a Zulfiqar y su otra espada sin que hubiera diferencias apreciables en los resultados de las batallas. Podía derrotar o ser derrotado con cualquiera de las dos.

Diez años habían pasado cuando Umar ibn al-Jattab fue sorprendentemente asesinado por un anónimo esclavo persa. El traumático evento desencadenó una vez más el proceso sucesorio. Otra vez, todas las miradas se posaron sobre Ali. Con cincuenta y cuatro años, se sentía viejo.

Estaba más cansado que nunca. La Shura volvió a debatir la sucesión y volvió a elegir a otro califa, en esta ocasión a Uthman ibn Affan. Si había un destino escrito para Ali, parecía ser este.

Ali volvió a jurar lealtad y a desempeñarse con oficio en el ejercicio de las altas tareas gubernamentales que le fueron asignadas. Siguió ligado al área de la justicia y enfrentó con responsabilidad las crecientes irregularidades en las que incurría el nuevo gobierno. A diferencia de los primeros años que siguieron a la muerte de Mahoma, Ali pasaba casi todo su tiempo en los palacios del gobierno. Ya casi no contemplaba atardeceres desde el balcón de su hogar, ni contemplaba a Zulfiqar, ni reflexionaba sobre el destino. De hecho, dado que ni siquiera participaba de los combates, había archivado la espada junto a muchos otros regalos de calidad diversa. El futuro había quedado atrás.

El errático califato de Uthman ibn Affan fue acumulando tensiones durante doce años, dando lugar a la poderosa facción disidente de Al-Khawarij. Este conflicto derivó en el asesinato del califa y en la posterior Primera Fitna, una guerra civil entre los musulmanes. Las aguas volvían a dividirse entre quienes apoyaban a Ali como sucesor y quienes se oponían. El Majlis al-Ahl al-Hall wa'l-Aqd (esto es, el Consejo de Electores) decidió finalmente ungir a Ali como el próximo califa. ¿Cambiaría por fin el destino de Ali? Dicho de otro modo, ¿llegaba por fin el que siempre le había correspondido?

El califato de Ali tuvo un comienzo repentino y violento. El asesinato de su predecesor condujo a la natural exigencia de represalias, a pesar de que Ali creía que tal accionar profundizaría las divisiones. Sin embargo, siendo el principal beneficiario del poder vacante, no podía mostrarse compasivo con los culpables sin quedar envuelto en sospechas. Una vez más, Ali sintió que una historia ya establecida lo arrastraba en su propia dirección, sin importar el papel que los hombres, comenzando por Mahoma, le habían augurado. En contra de sus convicciones, impulsó la batalla de Jamal y derrotó con claridad a las fuerzas de Aisha, la viuda del Profeta. Terminado el enfrentamiento, Ali se preocupó por darle protección a la familia adversaria y, con la unidad del pueblo islámico en mente, promovió con el ejemplo el difícil camino de la reconciliación.

La tranquilidad de la victoria no duró, la resistencia a Ali era férrea. El enfrentamiento con los disidentes condujo a la Batalla de Siffin, larga y

sangrienta, donde Ali tuvo que padecer la tenacidad de los rebeldes liderados por el gobernador de Siria, Muawiya ibn Abi Sufyan. La indefinición del conflicto armado condujo a difíciles negociaciones que resultaron insatisfactorias para todos. Tanto fue así que los mismos partidarios de Ali se volvieron a dividir entre jariyíes y kharayjíes.

Ali estaba atormentado. Su vida no tenía nada que ver con la de un bienaventurado. La adversidad se le presentaba a diario y se sentía caminar por una cornisa que lindaba con el desmoronamiento total del todavía frágil mundo islámico. Por las noches, no podía conciliar el sueño. Las pesadillas lo asediaban más que las tropas del gobernador de Siria. En la más recurrente de ellas, un Alá humanizado le soltaba la mano a un Ali todavía niño.

Tal vez esa pesadilla insistente fuera una premonición. Significara abandono o alivio, pocos años después (en el año 661), Ali fue asesinado mientras rezaba en la mezquita de Kufa, durante el mes de Ramadán. “La victoria de Alá está cerca, este *shamshir* matará a sus enemigos”, podía leerse grabado en la espada curva que le dio muerte. ¿Había lugar en este mundo para todos los destinos?

Ali no pudo alcanzar en vida su propósito de llevar el islam hasta las fronteras con la India, como no pudo alcanzar —a decir verdad— casi ninguno de sus propósitos.

Podría pensarse que Ali fracasó. Que un destino extraño le fue impuesto y que él no pudo realizarlo o rechazarlo. O que su destino era fracasar y que él, exitoso, se abrazó con determinación a la desgracia. O que los verdaderos destinos no pueden conocerse y que, a efectos prácticos, no existen. Despojados de poder conocer las condiciones que nos impone la existencia, resulta imposible no calificar los resultados conseguidos por Ali como objetivamente pobres.

También podría pensarse, como lo hacen los musulmanes chiitas, que Ali sí cumplió su destino. Uno de trabajo duro más que de gloria, donde su paciencia de orfebre en la búsqueda de la unidad, su comprometido trabajo en favor de la justicia, su templanza para aceptar con sabia resignación las interminables derrotas políticas, dejaron una huella mucho más profunda que la dictada por la historia de los acontecimientos verificables. Su espíritu inquebrantable, latente en las generaciones que le siguieron, impulsó a su

pueblo a extender las fronteras de la fe musulmana en Dunia (este mundo) y, al hacerlo, ayudó también a millones a alcanzar Akhirah(el otro).

En lo personal, también creo que Ali estuvo a la altura de su destino, pero de otro modo. En uno de los mundos, nuestro pasado y su presente, fue fiel a sí mismo en los mismos términos en que lo describen los musulmanes chiitas. En el otro, su futuro y nuestro presente —hoy, ahora— , nos ayuda a comprender que todo destino se vuelve alcanzable si logramos comprenderlo con inteligencia.

Benditos sean Alá, Ali y la maleabilidad de Lo Escrito.

Rupias para la Trimurti

“¿Están en Pushkar por Kartika Purnima?”, nos preguntó el dueño del hotel. Con mi novia, nos miramos desconcertados. Volvimos a mirarlo. “El festival”, buscó aclarar. “No, no tenemos idea de qué nos estás hablando”, le contestamos.

“El festival de Kartika Purnima, también conocido como Deva-Deepawali. Significa festival de luz de los dioses. Se celebra el día lunar (Purnima, luna llena) del mes de Kartika. No deben confundirlo con Diwali, otro gran festival pero dedicado a los hombres. Este es para los dioses. El epicentro está en el Lago Pushkar, en el centro de la ciudad, un lago sagrado para los hindúes”, el dueño comenzó con su introducción al festival.

“Por un lado, en estas fechas, muchas personas de toda la India peregrinan hasta el lago para darse un baño y, con ello, limpiar las impurezas del alma. Además, muchos creen que las aguas del lago tienen el poder de curar enfermedades de la piel”, continuó el dueño, mientras con mi novia nos tirábamos ansiosas miradas relampagueantes, deseosas de comentar. No podíamos hacerlo abiertamente, ya que muchos indios relacionados al mundo del turismo hablaban español. Sin embargo, no hizo falta decir nada para comprender que nos preguntábamos qué tan limpia sería el agua y si, en caso negativo, unas enfermedades de la piel flotantes en el lago eran capaces de matar a otras. Una de las principales recomendaciones de los infectólogos argentinos, antes del viaje, había sido evitar sumergirse en cualquier espejo de agua dulce.

“Por otro lado, durante estos días, en la ciudad se levanta la famosa Feria de Pushkar. La atracción principal es la feria de camellos, caballos y cabras. Este año está muy afectada porque existe una epidemia vírica que afecta a los camellos y los dueños quieren evitar el contagio, así que no han traído a sus animales. Hay muy pocos camellos. Por suerte, la feria también ofrece un gran mercado de artesanías y productos, un parque de diversiones y una gran cantidad de eventos culturales”, redondeó con una sonrisa.

Acto seguido, el dueño tomó de un cajón una hoja con el programa del festival y nos la ofreció. Eran varios días y había actividades de todo tipo. Espectáculos de canto y danza. Competencias varias como la de la novia mejor vestida, la del hombre con el bigote más largo o una llamada *matka phod*, una estructura humana que se arma para alcanzar un premio ubicado en la altura. En relación a los camellos, había carreras y demostraciones de adiestramiento. El grueso de los eventos se concentraba desde el atardecer, pues durante el día hacía demasiado calor.

Saber de la existencia del festival explicaba muchas extrañezas que habíamos visto cuando llegamos a la ciudad, en nuestro camino hacia el hotel: las calles cerradas al tránsito, la enorme cantidad de gente, la increíble diversidad de las personas. Después de visitar Delhi, Agra, Jaipur y Ajmer, no era fácil encontrar una cantidad todavía mayor de personajes curiosos circulando.

Agradecemos al dueño por la información y salimos a la calle. Era la mañana, así que decidimos comenzar nuestra exploración de Pushkar con una visita al lago sagrado. Estaba a cinco cuadras de distancia.

A poco de comenzar la caminata, un número callejero captó nuestra atención. Una niña de diez años caminaba sobre una soga atada en la altura. Abajo, una mujer —quizás la madre— vigilaba el show y sobre todo la gorra de las contribuciones. La niña tenía una vara en sus manos para ayudar a balancearse. Sobre esa base, ejecutaba una amplia variedad de trucos, como ir en reversa, sentarse, saltar, moverse lateralmente, etc. El show era magnético, pero aun así yo no podía dejar de distraerme con la peculiaridad de las personas que pasaban caminando. Tenían todo tipo de vestimentas, barbas y maquillajes. Muchos parecían directamente irreales.

Mientras esto sucedía, una mujer con un bebé se acercó casi llorando a mi novia. Pedía leche para su bebé. Mi novia, quebrada por la imagen desoladora, me miró. Yo, a esta altura afirmado en el papel de malo de la película, cerré los ojos y moví la cabeza, negando, sin decir ni una palabra. A pesar de mi falta de apoyo, ella decidió ayudar a la mujer y juntas fueron hasta el kiosco más cercano a comprar la leche. “Me cagaron”, me dijo mi novia al volver, “me hicieron comprar una leche en polvo carísima”. Yo volví a cerrar los ojos y mover la cabeza, negando, en silencio.

Cuando el número de la niña malabarista terminó, la felicitamos y le dejamos algunas rupias como reconocimiento a su exhibición, no sin cierto

temor de que estuviera siendo explotada por la mujer asu lado.

Retomamos la caminata.

Cuando llegamos al lago, la primera vista fue imponente. No era muy grande y eso permitía verlo por completo. A lo largo de la costa, podían verse los *ghats*, esto es, las escaleras que bajan hasta el agua. Serían unos cincuenta. De hecho, justo frente a nosotros, había uno. Para acceder a los *ghats*, era obligatorio quitarse el calzado, ya que se trataba de un área sagrada.

A mí, la verdad, me desagradaba bastante quedarme descalzo para entrar a los *ghats*. Y a todos los otros lugares sagrados donde era necesario descalzarse, también. Además de muchas personas con los pies destrozados, había todo tipo de cosas en el piso: comida, flores, tinturas, bolsas, etc. La policía, por su parte, se paseaba por los *ghats* con las botas sin ningún tipo de remordimiento. Es decir, no solo violaba la supuesta sacritud del lugar, sino también la razón práctica de no traer a estos lugares la basura, la bosta y la contaminación interminable que atiboraban la ciudad.

Mi novia ya estaba descalza, bajando las escaleras. Se dio vuelta y me miró reclamante. “Bueno, ya fue”, me dije una vez más. Esa era, con enorme probabilidad, la frase del viaje. Tomé las ojotas y las llevé conmigo, en la mano, durante mi paseo por los *ghats*. Días atrás, habían intentado robármelas.

El espectáculo que nos rodeaba era de una riqueza visual sorprendente. Muchísimas personas con vestimentas tradicionales preparaban ofrendas, la sofrecían en el agua o se daban un baño purificador. Por supuesto, solo los hombres podían meterse al agua con cierta comodidad. Las mujeres casi no se bañaban en este sector, sino que iban a otros *ghats* más alejados para una mayor privacidad. Y las que lo hacían en ese lugar, lo hacían completamente vestidas.

Desde el borde del lago, era posible ver la misma escena repetirse por decenas en el resto de los *ghats*. Estaba prohibido sacar fotos de la ceremonia, por las mismas razones sagradas de antes, pero aún así bastantes personas lo hacían. ¿Eso también me habilitaba a mí, extranjero, a hacerlo? Imposible saberlo. De lo que estaba seguro es que si lo hacía, por una u otra razón, alguien vendría a exigirme dinero.

Decidimos caminar a través del camino costanero, llamado *ghats road* con practicidad anglosajona ejemplar. El sol pegaba de lleno y la

temperatura comenzaba a subir. Luego de atravesar e tercer ghat, un hombre vestido con una túnica blanca nos detuvo.

Parecía un sacerdote. *Priest*, decidí llamarlo después. Tenía un plato en las manos con varias pinturas de colores y algunas flores. En un buen inglés, nos ofreció asistirnos para hacer una ofrenda al lago. “No money”, remarcó con firmeza para finaliza rsu propuesta.

Miré a mi novia, levanté los ojos y torcí la cabeza, en signo ya clásico de incredulidad y/o pereza. Ella me devolvió la mirada con fuerza, adelantando y torciendo un poco la cabeza. “No seas *ortiba*”, era la interpretación inequívoca. Antes de acceder a la oferta del priest y a la firmeza de mi novia, me refregué la cara con las manos, intentando juntar fuerzas. Recordemos que mi novia era profesora de yoga y yo ingeniero.

Aceptamos. El priest nos invitó a la vera del lago. Allí, nos pintó un *bintu* rojo en la frente con una de sus pinturas y nos invitó a sentarnos orientados hacia el agua. Juntamos las manos y las dispusimos con las palmas hacia arriba. Sobre ellas, el priest puso un poco de arroz y flores. Nos pidió que cerráramos los ojos y repitiéramos con él una especie de *mantra*.

Más allá de mi escepticismo incurable, de mi triste incapacidad de entregarme a la corriente del destino —magnificada por mi actitud defensiva ante el caos indio—, yo había decidido hacer un esfuerzo descomunal por mantenerme abierto a todo lo que la India tuviera para ofrecerme. “Disponibilizarme” decían los más espirituales. Así fue como el momento llegó a parecerme mágico. Mi novia, el sol resplandeciente sobre nosotros, la inmediatez del lago sagrado, el priest conduciéndonos a través de una ceremonia de tintes milenarios. El momento se sentía único, como un casamiento.

Cerramos los ojos y comenzamos a repetir las oraciones cortas que el priest nos proponía. Algunas eran en inglés y entendíamos el significado. Otras parecían ser en hindi y solo intentábamos repetir las de la mejor manera posible.

Las oraciones comenzaron siendo sobre cuestiones abstractas, como lo eterno, lo sagrado y la tríada de dioses conocida como Trimurti: Brahma, Vishnu y Shiva. Pero luego comenzamos a girar hacia temas más concretos: el amor, la salud y la abundancia. El pasado y el futuro, pero ante todo el presente. Nuestra relación, nuestras familias y nuestros hogares.

Pusimos en palabras cuánto nos importaban estas personas y también pedimos a los dioses por su protección. Al priest no le preocupaba ser redundante y varias veces repetimos las mismas plegarias.

Todo iba más o menos bien. “Deseo contribuir al lago y a los dioses para la protección de mis seres queridos”, nos propuso el priest como siguiente oración. Algo dentro de mí, llamémosle un reflejo, decidió no repetirla. Una filosa amargura comenzó a moverse dentro de mí. “Deseo contribuir con tantas rupias a Brahma”, la oración fue un paso más allá. Abrí los ojos. Miré fijo al priest. Tenía los ojos cerrados y parecía pura concentración. “Deseo contribuir con tantas rupias a Vishnu”, siguió adelante. Eran muchas rupias. Yo estaba seguro de que él escuchaba mi silencio. “Deseo contribuir con tantas rupias a Shiva”, seguía con la misma convicción. Yo estaba comenzando a temblar y no de miedo. “Deseo contribuir con el triple de rupias a los tres dioses, a la Trimurti”, fue la última oración que dijo.

Enervado, dejé la mano de mi novia y me levanté, tirando todas las ofrendas al piso. “Vos sos una farsa, un estafador, nos mentiste todo el tiempo”, le clavé un dedo en el pecho. El priest abrió los ojos con aparente sorpresa. Luego se indignó y comenzó a negar mis acusaciones con vehemencia. “¡No hablo más con vos, seguí con ella si querés!”, le dije. Me sacudí bien las manos, me puse las ojotas —a la mierda todo— y me retiré a unos pocos metros de allí, para no perder de vista a mi novia.

El priest redirigió su supuesto enojo, y tal vez su esperanza, hacia mi novia. “¡Mal karma, mal karma!”, le repetía y me señalaba. “Hijo de puta”, pensaba yo.

“¡Esto no es un asunto de dinero!”, le decía el priest a mi novia. Para reforzar sus palabras, ejecutó el clásico accionar de los culpables: la sobreactuación. Sacó de sus bolsillos una buena cantidad de billetes y los puso a disposición de mi novia. “Agarralos”, murmuraba yo. Mi novia no los aceptó, pero en cambio le propuso al priest algo superador. “¿Por qué no le ofrendás ese dinero al lago, a la Trimurti?”, le señaló el agua. El priest comenzó una respuesta expresiva e interminable, agitando las manos llenas de billetes. Intercalaba hindi e inglés. Creo que su estrategia era no terminar nunca la respuesta. Y, porsupuesto, nunca soltar los billetes.

Mientras tanto, cada vez que mi novia me miraba, yo le hacía un cabeceo para que nos fuéramos de una vez, antes de que todo terminara

peor. Una creciente cantidad de curiosos nos miraban. Finalmente, mi novia accedió y dejó al priest hablando solo.

Continuamos en silencio nuestra caminata através de los ghats. Yo estaba enojado, mi novia desconcertada. Cada uno, a su modo, estaba hundido en sus cavilaciones. A pesar de mi certeza de haber actuado aceptablemente bien, yo no dejaba de cuestionarme, como siempre lo había hecho y como siempre lo haría en el futuro. ¿Cabía la posibilidad de que no hubiera sido una estafa? ¿Me había excedido en mi comportamiento? ¿Podría haber reaccionado mejor?

Indispuesto todavía a replegarme en mi cómodo descreimiento, decidí buscar las respuestas en la Trimurti. ¿Acaso el Señor Brahma, el creador del mundo, la conciencia primitiva, el agente del absoluto Brahman, podía avalar que un priest anónimo invocara su nombre para engañar a los demás y, por si fuera poco, a escasos metros del más importante de sus templos? ¿Y el Señor Vishnu, el protector de la creación, el concepto metafísico abstracto, el poseedor de las seis glorias divinas, podía suscribir las acusaciones en mi contra de mal karma o, en cambio, era más probable que se pusiera de mi lado, de mi reacción que, aunque pequeña en los términos del Cosmos, no dejaba de ser un rescatable intento de traer un poco de justicia, de poner un pequeño freno, pequeñísimo, a quienes se montaban sobre su graciosa existencia azul para explotar las nobles creencias del pueblo en propio beneficio? ¿No podía el Señor Shiva, el destructor del Universo, el cazador de demonios, el portador del tercer ojo que todo lo convierte en cenizas, comprender, si no apoyar, mi provocada intolerancia, mi enojo desatado, mis legítimas ganas de empujar al priest al lago y, con ello, su necesaria purificación shivaica?

“Oh, grandes dioses de la Trimurti, si estoy en lo cierto, ¡les pido que se manifiesten!”, dije hacia el cielo, luego de hacer una pausa en mi caminata y ante la mirada horrorizada de mi novia

“Unas rupias, por favor, unas rupias...”, dijo una voz a mi lado. Un anciano desaliñado, vestido con harapos, repetía el pedido mientras se llevaba la mano a la boca. Lo miré con atención. No me pareció que fuera uno de los dioses. Por tercera vez en el día, negué con la cabeza y, retomando la marcha, no dije ni una palabra

Cuidado con los monos

“Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro: el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron — estoy seguro — , brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies: ‘Amo, agua. Amo, mi amo...’.”
Leopoldo Lugones, en su cuento “Yzur”

Hubiera apostado a que el conductor del colectivo destartado era menor de edad. No tenía idea de si eso era legal o no, ni tenía pensado averiguarlo, ni podía hacer nada al respecto. En Katmandú, preocuparse era un ejercicio de abucheable ingenuidad. Una pérdida de tiempo. El peligro existía de mil maneras, conocidas o no, en ambos casos incontrolables. Creer que uno podía prever algo, o prevenirlo, o cambiarlo, era un accionar condenado a la anécdota. Es por eso que, desde hacía tiempo ya, me había entregado con resignación a las manos de Idestino.

Yo no sabía cuál era mi parada exacta, así que cuando estimé que el colectivo estaba más o menos cerca, comencé a gritar “stop” al conductor sin ninguna clase de pudor. Había asumido mi condición de turista inimputable y me había despreocupado por completo de respetar códigos sociales que no conocía. De un modo bastante reprochable, tendía a comportarme como un animal más de la jungla.

El colectivo frenó de golpe y me hice lugar entre el gentío para bajar. “Excuse me, excuse me”, maticé los empujones. Conmigo ya descendido, el colectivo arrancó y me dejó frente a una polvorienta avenida de dos manos.

Si había un lugar mejor para cruzar, estaba fuera de mi alcance visual. A mi derecha, un par de mujeres también esperaban el momento oportuno para lanzarse hacia el otro lado. Cuando avanzaron, aproveché y me *chupé* detrás de ellas, convirtiéndolas de ese modo en mis escudos humanos.

Del otro lado de la avenida, solo tenía que caminar unas pocas cuadras para llegar al complejo de templos de Pashupatinath. Durante el trayecto hasta la entrada, me sorprendió la cantidad de pequeños locales que ofrecían servicios de quiromancia, desde los más tradicionales hasta los más bizarros que contemplaban diversas modalidades de virtualidad. Los carteles de los locales incluían casi siempre la imagen del quiromántico. Sin detenerme, saqué unas fotos que salieron bastante desenfocadas para enviarlas a mis amigos astrólogos.

Llegando al área del complejo, había una mujer vestida con abundantes ropajes hindúes de color naranja. Sentada a uno de los lados de la calle, estaba adornada y maquillada como una verdadera *sadhu*. Delante de ella, había un cartel bilingüe pidiendo donaciones para comer. Yo había leído sobre estavariante del *garroneo*. En la teoría, consistía en vivir de tal modo que la realización de un trabajo para sobrevivir no se interpusiera en el camino hacia la iluminación. Me había encontrado con varios de estos personajes en las calles, pero hasta ese entonces siempre habían sido hombres.

En este caso, lo extraordinario del caso no era solo que fuera una mujer, sino que además era muy blanca, tenía ojos azules y rasgos europeos. Era mucho más extranjera que yo. Cuando nos miramos de frente, me pidió unas rupias en perfecto inglés. “No, mi amiga, mejor te volvés a laburar a *Ámsterdam*”, le doné una gran idea.

La mujer quedó atrás y me adentré en el complejo de templos. No mucho, ya que fui interceptado por dos hombres con credenciales oficiales pidiéndome el permiso de ingreso. “¿De qué permiso me están hablando, si no hay ninguna puerta de entrada? Además, esto es un complejo de templos, ¿no?”, pregunté con reprochable inocencia. Los oficiales me explicaron que los lugares turísticos de Nepal —áreas abiertas de la ciudad— no tenían puertas de entrada, pero que los extranjeros debían comprar un permiso para transitarlos. Era como si, en Buenos Aires, los turistas debieran pagar para transitar la Plaza de Mayo.

No tuve más remedio que acompañarlos. La alternativa hubiera sido abandonar el lugar y la visita, capitulación inaceptable a esa tardía altura del día. El precio a pagar equivalía al de una campera de montaña sin marca, como las miles y miles que se vendían en el mercado de Thamel. Lo pagué con amargura, con la íntima certeza de estar siendo estafado legalmente por el Gobierno. A cambio, me dieron un comprobante de gran tamaño, calidad de papel y color. Más que un ticket de entrada, parecía un diploma. Un diploma de Pel.

A mi escaso favor, puedo decir que esa fue la última vez que pagué para acceder a los abiertos sitios arancelados de Nepal. Los días que siguieron visité las Durbar Square de Katmandú y de Patán, espacios públicos centrales con grandes templos como protagonistas. En sus inmediaciones, deambulé por los laterales de los perímetros prohibidos. Desde ese lugar externo y gratuito, hice breves incursiones al territorio interior, como si fuera un pesquero chino depredando el Mar Argentino. La clave consistía en no permanecer, en ser pequeño, ágil y dinámico, como una mojarra, sin dar tiempo a los desganados guardas de venir a buscarme. Por cada una de las entradas ahorradas, me compré una conveniente campera de montaña sin marca. El dinero quedó en Nepal, pero en manos de los verdaderos trabajadores.

Esa vida reparada, sin embargo, era todavía el futuro. En el momento que nos convoca, yo acababa de recibir el diploma de Pel. Portándolo en mis manos, pude ingresar al área de los templos, ahora sí con la autoridad de moverme dentro de la legalidad. Me acerqué a la placa informativa que daba la bienvenida al lugar. El complejo de templos de Pashupatinath era, según el cartel, el más grande del mundo. El área total excedía las doscientas hectáreas y albergaba más de quinientos templos. Dedicado al Señor Pashupati, encarnación de Shiva y dios nacional de Nepal, el complejo se desplegaba a los lados del sagrado río Bagmati.

Junto al cartel informativo, había una placa más pequeña advirtiendo sobre los monos. Era un cartel preventivo muy común en los sitios turísticos de Asia. Las precauciones incluían no acercarse, no tocarlos, no alimentarlos, no mirarlos a los ojos y no sacarles fotografías. En el mejor de los casos, los monos podían robar la comida, el celular o los anteojos. En el peor, podían morder y contagiar la rabia. “Aún peleando, no podés ganar”, concluía el cartel con milenarios ecos de sabia resignación.

Caminé un poco más y me encontré con el no muy grande río Bagmati. A uno de sus lados, transcurría un asombroso espectáculo que no había previsto. Varias plataformas ubicadas junto al río ardían con intensidad. Me llevó un momento comprender que eran piras funerarias. En un primer instante, pensé que semejante escena no podía ser real, que las piras ardiendo eran una teatralización para los turistas, pero luego de observar unos minutos me di cuenta de que los rituales eran auténticos. Los muertos locales estaban siendo cremados ante mis ojos. De hecho, pocos metros río arriba, los rituales crematorios transcurrían por etapas más tempranas. Grupos de familiares lloraban junto a las piras, mientras unos sacerdotes conducían las ceremonias. Pregunté sobre lo que estábamos presenciando a una persona que parecía local. Entre otros detalles, me explicó que no todos los rituales eran iguales y que había decenas de ellos dependiendo de las regiones nepalesas de origen.

Mientras las ceremonias transcurrían, cada una en un grado diferente de progreso, tres hombres llegaron cargando un nuevo cuerpo apenas cubierto con una sábana blanca. A la altura de una de las plataformas crematorias vacías, bajaron el cuerpo por el *ghat* hasta el río. Allí lo apoyaron en una de las pequeñas rampas que conectaban las escaleras con el Bagmati y, sin dejar de cubrirlo con la sábana, le quitaron las ropas. A continuación, enjuagaron el cuerpo con el agua del río de un modo testimonial, bastante alejado de los tres lavados teóricos que indican los sabios. Por último, subieron el cuerpo a la plataforma y comenzaron a cubrirlo con diferentes capas de elementos.

Una multitud de personas observábamos los rituales en silencio desde la otra margen del río y desde el puente. Parado sobre una de las gruesas barandas de piedra, un mono también contemplaba la escena con peculiar compromiso. Me llamó la atención. Tan especial me resultaba su comportamiento que comencé a tomarle fotografías. A medida que progresaba con las tomas, tenía menos dudas. El mono, ligeramente de espaldas y con las piras de fondo ardiendo, no parecía conmovido: lo estaba.

La sesión de fotos se vio interrumpida por el reclamo de uno de los familiares de las personas cremadas. Me pedía respeto. “Este es un momento muy duro para nosotros, por favor deja de tomarnos fotos”, me pidió con razonable irritación. Siempre comprensivo, le expliqué que no

estaba tomando fotos de las cremaciones (algo que no era del todo cierto), sino del mono posado en la baranda. El mono se había vuelto hacia nosotros y nos miraba con atención, como si pudiera comprender lo que ocurría. Para dar sustento a mis palabras, le ofrecí al hombre mostrarle las fotos. Me detuvo con un gesto, dio media vuelta y caminó nuevamente hasta la pira de su familiar difunto.

Volví a mirar al mono, pero ya no estaba. Había desaparecido.

Colmado por la experiencia crematoria y un tanto ofuscado por el altercado de las fotos, decidí dejar la zona del puente y dirigirme al Templo Principal. No parecía demasiado grande y su fachada estaba ricamente decorada. Muchas personas iban y venían, con una numerosa multitud variable estacionada frente al templo. Un gran cartel advertía que solo los hindúes podían ingresar. Me saqué los zapatos y encaré hacia la entrada. Un guardia me detuvo y repitió las palabras del cartel. “Soy occidental, pero practico la religión hindu”, le dije con absoluta seguridad, hasta con cierto aire de molestia. El hombre dudó. Nos miramos. “No puede pasar”, me dijo finalmente.

Sin ánimo de pelear, me retiré y me senté muy cerca, para al menos poder observar cómo los verdaderos hindúes entraban y salían. Instantes más tarde, una pareja adulta se acercó y me pidió tomarse una foto, un clásico a esta altura del viaje. Para muchos indios y nepalíes, los occidentales representábamos verdaderas curiosidades que ameritaban una foto conjunta. Accedí de buen modo. Tomada la foto, me preguntaron de dónde era, pero tan solo para introducir su único tema de interés. Ellos eran de la India y —esto era lo importante— su hija se había ido a estudiar a California. Lo repitieron varias veces, intercalando temas artificiales que actuaban como separadores. “Bienvenido a la India”, me dijeron en pleno suelo nepalí y se despidieron.

En la misma línea en que se alejaba la pareja india, hacia mi izquierda, había un mono que me estaba observando. Quizás lo sorprendí, porque desvió la mirada. Luego pareció dirigir la atención hacia otros lugares sin demasiado criterio, como quien disimula haber estado mirando algo específico. Por último giró el cuerpo hacia la izquierda y se fue caminando despacio. Me fue imposible no volver a pensar en el mono que había visto en el puente.

Durante el resto de mi visita, el protagonismo de los monos no hizo sino acrecentarse. Hacia la zona oriental del complejo, cruzando una zona de monumentos, había una inexplicable reserva de ciervos. Decidí visitarla como una excusa para recorrer el lugar. Había mucho verde a ambos lados del camino y, desde la elevada seguridad de los árboles, muchos monos expectantes. Estaban repartidos en pequeños grupos, muy calmos, como ejercitando una paciencia infinita.

Instantes después, fui testigo de cómo uno de los monos se descolgaba entre las ramas para robarle los anteojos de sol a una turista de andar mecánico y pelo muy rubio. Yo también la hubiera elegido para robarle los anteojos. Lejos de perderse en la espesura tropical, el mono se quedó en las inmediaciones. Más todavía, dejaba que la chica se acercara y hasta le ofrecía los anteojos, pero nunca se los terminaba de dar. Luego de un par de intentos fallidos de la turista, el mono comenzó a tocarse la boca con la mano libre. Exigía comida. No estábamos ante un robo, sino ante un secuestro extorsivo.

La chica se percató del chantaje, pero no tenía nada concreto que ofrecer. Y bien sabemos que los monos no se contentan con espejitos de colores. Los testigos de la escena tampoco teníamos algún mendrugo para auxiliarla. Pero un poco más allá, en el camino hacia la reserva de ciervos, había un vendedor de frutas. Tenía bananas, mangos, ananás y un par más de frutas extrañas. La chica fue hasta el lugar, compró una banana y con ella pagó el rescate por sus anteojos. Final feliz para el mono, para el vendedor y digamos que también para la chica.

La escena me resultó fantástica. ¡Tan extraordinaria había sido esa sofisticada negociación interespecies que no necesitaba de palabras! Sin embargo, una sensación de irresolución permaneció latente en mi interior. Algo no estaba bien en la secuencia que acababa de presenciar, aunque no podía determinar con precisión qué era.

Seguí caminando y miré con atención el puesto del vendedor de frutas. “Cheap price, cheap price”, me insistía, pero yo no podía atenderlo. Amplié la vista y me encontré otra vez a los monos vigilantes, ubicados detrás, en la altura, como en una platea de espectadores. Seguí caminando y me acerqué al siguiente puesto de venta, donde se ofrecían anteojos y accesorios para celulares. Examiné el puesto. “Cheap price, discount for

you”, repetía el vendedor. Volví a levantar la mirada y volví a encontrarme con los monos atentos.

“¿Acaso los monos no están interesados en estos anteojos?”, abrí en mi cabeza una grieta de la que brotó un manantial de preguntas. “¿Acaso los monos no están interesados en las bananas, mangos y demás frutas del puesto anterior? ¿No son las mismas bananas que exigen luego para el rescate? ¿Por qué los monos respetan de este modo a los vendedores? ¿Han sufrido alguna violencia represiva de su parte? ¿Pueden tantos monos salvajes dejarse intimidar por un simple vendedor? ¿O la explicación es más compleja, digamos, más espeluznante?”

Reiniciada la caminata hacia la reserva de ciervos, decidí cambiar mi comportamiento. Necesitaba respuestas a mis interrogantes. Comencé por abandonar la recomendación de no mirar a los monos a los ojos. La sorpresa al hacerlo fue mayúscula. No me encontré con una criatura amenazada, sino con un alma desnuda. El mono, con los ojos llenos de culpa, admitía mi descubrimiento. No había miedo, ni desafío, ni atisbos de violencia en su ser, sino un hondo reconocimiento. Más que peligro, había sobrecogedora cercanía.

Pude ver cómo el mono descubierta se alejó, mirándome de reojo, y se arrió a otros monos que estaban cerca. “Nos descubrió”, podrían haber sido sus palabras. Los otros monos lo miraron con sorpresa y, haciendo uso de un humanísimo reflejo, me miraron. Al chocar con la frontalidad de mi mirada, se encontraron con mis ojos brillantes, refulgiendo como los de quien se excita al descubrir un enorme tesoro pero no puede terminar de calibrar las consecuencias de apropiárselo.

Los monos nuevos repetían el comportamiento. Se dispersaban sin perderme de vista y se acercaban a otros cada vez más lejanos. Los recién enterados experimentaban sorpresa, miraban al mensajero y luego me miraban a mí.

La excitación, la carencia de tiempo para procesar lo que estaba viviendo, la visualización exponencial de los monos dando aviso de mi presencia, dieron de repente una comprensible y tal vez tardía preocupación. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Estaba en peligro? Más precisamente, ¿debía comenzar a correr? Yo no tenía respuestas claras, así que decidí abandonar el plan de ir hasta la reserva de ciervos. Me detuve y actué una contemplación relajada. “Voy a volver con mucha tranquilidad, con pleno

dominio de mi ritmo de escape, para que nadie pueda interpretar que estoy asustado”, me dije.

Ya en marcha de regreso, decidí volver a practicar la recomendación de no mirar a los monos a los ojos. Sin embargo, cometí el error de mirar al vendedor de anteojos. Su mirada, llena de desconcierto, era la de los monos. ¿Me estaba volviendo loco? Pensé en la posibilidad de una confusión, en la natural propensión a la paranoia de quien está escapando, pero al cruzarme con los ojos del segundo vendedor, el de las frutas, no pude menos que confirmar mi desolador presentimiento.

Agaché la cabeza y apuré el paso. Realidad o no, sentí que una creciente cantidad de monos me seguía desde la abundante vegetación de los laterales. Mi cabeza era el último reservorio de una cierta calma, mientras sentía cómo el corazón me latía cada vez más fuerte y las manos muy frías se me humedecían. Es difícil poner en palabras el enorme alivio que sentí al llegar al puente que cruzaba el río, donde ya no había vegetación y se concentraba la mayor cantidad de turistas. Miré hacia atrás, varias decenas de monos me miraban desde los árboles.

Crucé el puente. Me senté en uno de los bancos que había en los alrededores de los templos. Me pasé las manos por la cabeza e intenté calmarme. Luego de media hora de descanso, creí recuperar buena parte de mi templanza. No estaba tan seguro, en cambio, sobre el estado de mi cordura.

Con cierta entusiasta tranquilidad por dejar atrás la perturbadora experiencia, me dirigí a la salida. En la puerta, sentados, estaban los oficiales que me habían interceptado al comienzo de la visita para que pague la entrada. Me miraban. Me miraban de un modo que ya conocía y que descargó sobre mi cuerpo una escalofriante sensación de latigazo eléctrico. Sin pensarlo ni un segundo más, corrí, corrí muy rápido hasta la parada del colectivo, a pocas cuadras de allí, para no volver nunca jamás al complejo de templos de Pashupatinath.

Baby camel

Ya hemos hablado de Pushkar, de su lago sagrado, del festival de Kartika Purnima, de la gran feria de camellos y de los mercados de productos artesanales.

Por la mañana, habíamos visitado el lago agrado, habíamos visto los baños purificadores en los *ghats* habíamos intercambiado ideas con uno de los *priests* que recolectaban rupias para la Trimurti.

Por la tarde, habíamos regresado al hotel a descansar un poco y a protegernos del calor insufrible de Rajasthan, el desierto indio. Más que un hotel, era una posada. Pequeña, fresca y muy prolija, algo no tan habitual en la hotelería india. Los dueños eran una familia. El hombre mayor era un personaje sociable pero no llegaba a parecerme transparente. El hijo, humilde y servicial, era el que llevaba adelante el grueso de las cuestiones operativas. Tenía, a su vez, un hijo muy pequeño, casi un bebé. Como a muchos niños indios, le delineaban los ojos con *lápiz kajal*, dándole a su mirada una gran profundidad. Según las creencias indias, ese maquillaje proveía protección física y espiritual.

Dormimos la siesta. A las seis de la tarde, con el sol ya puesto, nos dispusimos a salir. El destino era la famosa feria de Pushkar, cuyo extremo más cercano estaba a diez cuadras de distancia.

Notamos la calle bastante vacía, sobre todo en comparación con la mañana. Mientras caminábamos en dirección a la feria, lejos de poblarse, la ciudad parecía cada vez más desierta. “O están todos en la feria o esto es una farsa”, le dije a mi novia. Ya habíamos caminado nueve cuadras y solo había oscuridad y desolación. Hasta que doblamos en la última esquina.

Como salida de la nada, la feria emergió ante nosotros. Primero, como una serie de puestos varios bastante tranquilos. Después, con un gigantesco mercado cuyas arterias siempre volvían a ramificarse. Y por último, con un gran parque de diversiones montado para la ocasión sobre un campo de tierra lateral. También había un gran escenario donde, según el programa del festival, se presentarían reconocidos artistas para ofrecer un espectáculo de música y danzas tradicionales. Este evento nos interesaba.

Accedimos al predio del espectáculo sin inconvenientes, sobre todo por ser extranjeros. Más todavía, dentro del área del público había un cuadrante privilegiado y exclusivo para nosotros. Esa discriminación me generó contrariedad.

El problema más grande se presentó cuando comenzó el show. El volumen de los parlantes era demasiado alto. La obra era de un gran nivel artístico, pero llegó un momento en que se volvió insoportable. Así se lo dije a mi novia. Previsora, ella usaba tapones en los oídos desde que habíamos llegado a la India. Los demás miembros del público, comenzando por los indios, creo que ya estaban sordos desde hacía mucho tiempo.

Dejamos el espectáculo y nos dirigimos al mercado. Yo estaba muy arrepentido de no haberme ido antes. Sentía un zumbido en los oídos y tenía la certeza de haber perdido para siempre una preciosa porción de mi capacidad auditiva. Mientras me masajeara el interior de las orejas, ejercitaba el melodramático arte de la culpa.

Por suerte, momentos después, algunos puestos del mercado lograron distraerme. Me sorprendían en especial los que vendían una gran variedad de cuchillos y espadas, tanto mínimas como enormes, tanto rectas como curvas. ¿Podían venderse estas verdaderas armas blancas, sin más, en un mercado familiar como este? Es cierto que parecía más que improbable que alguien pudiera llegar a utilizarlas para causar daño, al menos en lo inmediato. Los indios parecían ser muy pacíficos. A pesar de la tensión en el espacio público, producto del caos general, los indios nunca pasaban de las discusiones subidas de tono. En Argentina, por mucho menos, las personas terminaban a las trompadas.

Mientras reflexionaba sobre los disparadores y alcances de la violencia, el parque de diversiones se alzaba de fondo en el horizonte. Era una referencia fundamental de la feria. Las grandes máquinas proveedoras de vértigo nunca me habían generado tranquilidad, pero éstas directamente me alarmaban. Tenía la certeza de que una desgracia podía ocurrir en cualquier momento. “India: caída de *vuelta al mundo* deja medio centenar de muertos”, titularían los medios argentinos la lejana y exótica historia.

En ese futuro indeseable pensaba cuando un chico de unos quince años nos habló en español. “Alfinal de esta calle está la feria de camellos y hay un *baby camel*, un camello bebé”. El chico caminaba en la misma

dirección que nosotros y deslizo el comentario con cierto desinterés, al pasar, como si nos estuviera haciendo un innecesario favor.

“Ayyy, un baby camel, ¡qué lindo!”, mi novia se mostró encantada con la naciente atracción. Nos detuvimos por un instante. La idea, lo admito, era atractiva. Imaginen un camello, ese animal tan extraordinario, pero chiquito. Además, el aparente desinterés del chico le daba cierta credibilidad a la información.

Decidimos ir hacia el impreciso lugar a dar un vistazo y concentramos la caminata en la dirección que nos había señalado el chico, justo detrás de él. Yo lo observé con mucha atención. El chico seguía caminando adelante, pero me di cuenta de que había enlentecido la marcha y, con mucha sutileza, utilizaba al máximo su radio visual para verificar si veníamos detrás. Ante la confirmación de que sí, aminoró su paso todavía más y, cuando lo alcanzamos, comenzó a darnos más detalles sobre el baby camel, con la misma dinámica de ligero desinterés. Parte de su técnica consistía en intercalar otras informaciones, como la famosa epidemia vírica que afectaba a los camellos y a la feria .

El chico hablaba un español bastante bueno. Se llamaba José. Seguramente, tenía un nombre para cada uno de los idiomas que manejaba. Parecía muy listo y carismático. No tardó mucho en caerme bien, aunque yo no dejara de sospechar de sus verdaderas intenciones. Mientras caminábamos en dirección del prometido baby camel, nos contó que aprendía español por sus propios medios y que deseaba dedicarse al turismo para tener alguna perspectiva de futuro. Dulces mieles para los oídos extranjeros. Para demostrar sus conocimientos, comenzó a listar en voz alta los países latinoamericanos con sus respectivas capitales. Yo traté de ayudarlo corrigiendo o ampliando algunos de esos conocimientos.

Mientras esto sucedía, yo seguía muy atento al resto de la situación. Dónde íbamos, por qué y si aparecían más personajes involucrados.

Llegamos a una esquina y nos detuvimos. Sobre la derecha, había un camello adulto. José lo señaló como prueba de que nos estábamos acercando a la zona de camellos. Eran unos animales enormes. Con los modestos conocimientos adquiridos a esa altura del viaje, yo podía suponer que se trataba de un macho, ya que estos eran los animales utilizados para el transporte o el turismo. En cambio, a las hembras se las dejaba en paz, ya que su capacidad reproductiva podía ser dañada por el uso de *howdahs* u

otro tipo de carga que implicara ataduras sobre el vientre. Por eso, en efecto, era bastante común encontrar hembras y crías vagando libres por el desierto.

Una vista panorámica desde la esquina nos permitió comprender que estábamos muy cerca del borde de la feria. Quedaría una cuadra más. Detrás, todo era oscuridad. Y no íbamos a adentrarnos allí, eso lo tenía clarísimo. No importaba cuántos hermosos y mágicos baby camels pudieran estaresperandonos.

Le exigí detalles a José sobre adónde íbamos y cuánto faltaba. “Un poco más allá, ya casi llegamos”, nos prometió. “No, no, queremos que nos digas exactamente dónde”, le respondimos. José prometía mucho, pero detallaba poco, así que su propuesta comenzó a perder fuerza. Acordamos que llegaríamos hasta un árbol que se veía a mitad de camino antes del final de la feria. Cuando llegamos a ese punto, José siguió caminando como si nada, así que tuvimos que detenernos y anunciarle que no seguiríamos ni un paso más.

José se mostró decepcionado, pero aceptó nuestra decisión sin mayores contratiempos. Como un último favor, nos pidió que lo acompañáramos hasta el local de su familia para que pudiera mostrarnos los productos que fabricaban. El plan A del baby camel permanecía en el terreno del misterio, pero el plan B, más clásico y brutal, no admitía dudas: José quería vendernos cosas.

A pesar de mi creciente molestia con José, reconocía en él su talento. No lograba caerme mal. Luego de una breve charla con mi novia, aceptamos visitar el local, especialmente porque estaba ubicado a escasos metros y porque nos quedaba de paso en nuestro camino de regreso, pero le adelantamos que no compraríamos nada. Palabra de honor.

El local vendía unas figuras hechas de alguna piedra liviana que recordaba al mármol. Las figuras estaban caladas y eran huecas. Algunas estaban diseñadas como fanales para albergar una vela en su interior. Las había de las más variadas formas y tamaños. Se destacaban los elefantes, los camellos y otras figuras típicas de la región. José nos explicó que eran confeccionadas por su familia desde tiempos inmemoriales y, con ojos brillantes, nos explicó la importancia económica que tenía el emprendimiento para ellos. A pesar de su gran *performance* vendedora no le compramos nada. Y debo admitir que hicimos bien. Las semanas que

siguieron pudimos ver las mismas figuras a lo largo y a lo ancho de la India, en centenas de locales. Una posibilidad era que la familia de José se hubiera convertido, en cuestión de días, en una gran productora de figuras que llegaban a todo el país-continente. Otra, era que todo fuera una fábula y que las figuras fueran producidas en algún otro lugar de Asia, a mansalva, y vendidas como baratijas en cada rincón al que llegara un turista.

Nos retiramos del local y volvimos a caminar por el mercado. Las preguntas para las que no teníamos respuestas, ni nunca las tendríamos, eran varias. Pero la principal era la siguiente: ¿había realmente un baby camel al final del camino prometido por José? Y si lo había, ¿cuál era el procedimiento para sacarnos dinero? ¿Estaría muy enfermo el pobre baby camel? ¿Habría intentado que colaboráramos con los animalitos o con las familias que vivían de ellos? ¿O simplemente se trataba de un precalentamiento sentimental para, después, llevarnos al negocio familiar de las figuras caladas? Y si no lo había, ¿qué iba a ocurrir en la oscuridad que se abría detrás de la feria? Era muy difícil pensar que los indios nos robarían, nos torturarían o nos matarían, las opciones lógicas en Latinoamérica cuando a uno lo conducen a un descampado. ¿Cuál era la estrategia? Difícil saberlo, pero nada bueno podía esperarse de estar solos e indefensos, a oscuras y fuera de la ciudad.

Mientras repasábamos las preguntas y nuestra incapacidad de responderlas, decidimos buscar un lugar para cenar. Luego de contemplar varias alternativas, llegamos a la conclusión de que los puestos de la feria eran demasiado callejeros.

Decidimos salir de la feria y buscar uno de los restaurantes de la ciudad. El primero que visitamos estaba cerrado. El segundo, también. El tercero, nuestra última esperanza, parecía abierto. Tenía la entrada disponible, las luces encendidas y un par de muchachos a cargo. Era un restaurante del tipo *rooftop*, donde el salón se sitúa en la terraza del edificio y promete una bonita vista de la ciudad.

Nos acercamos y preguntamos si era posible cenar. Se miraron por un instante. Sin responder, uno se acercó a los televisores de las cámaras de seguridad. Había muchas en India. Luego de hacer alguna verificación, me miró y me dijo que no era posible. Ante nuestro desconcierto, nos invitó a mirar los televisores con una increíble espontaneidad. Miramos. En una de las pantallas se veía el rooftop. Unas cincuenta personas se estaban

acomodando en el piso para dormir. Una gran mayoría ya había encontrado su lugar, mientras otros seguían moviendo sillas y mesas. Con mi novia, nos miramos con intensidad, incrédulos. Cuando recuperamos el habla, agradecemos a los muchachos y dejamos el lugar

Eran las nueve de la noche. Todo indicaba que ya era muy tarde. Las opciones parecían limitarse a dos: volver a la feria o irnos a dormir sin comer. Volver a la feria se sentía como una derrota demasiado grande. Yo estaba molesto, pero todavía conservaba la capacidad de reconocerlo y de intentar actuar en consecuencia.

“Mejor volvamos al hotel. Allá, en la oscuridad de la habitación, hay un baby camel que quiero mostrarte”, le dije a mi novia, en una especie de homenaje a José.

Ella sonrió y me miró con ojos cómplices, destellantes. Sin decir una palabra, me apretó fuerte la mano y aceleró el paso.

Algo salva a Andrés Vetcher

Estaba en Delhi. Ese día también había salido a conocer lugares nuevos. Lo diferente sucedió cuando regresé al hotel, por la tarde. El recepcionista me informó que una persona había venido a buscarme. “Imposible”, me dije. Casi nadie sabía que estaba en India, menos en qué ciudad y mucho menos dónde me hospedaba.

Repleto de escepticismo, tomé el papel que la mano del recepcionista me extendía y leí lo siguiente: “Andrés Vetcher, el hijo de Chiquita, la amiga de tu tía Julia”. A continuación, había una dirección. Pensé un momento. Tuve que remontarme a la infancia, veinticinco años atrás, para recordar a Andrés. Nunca había sabido su apellido y apenas lo conocía como persona. Solo coincidíamos, a veces, en los cumpleaños de mi tía Julia. Era un poco más grande que yo, algo seseoso y no me caía mal. Eso era lo que recordaba. ¿Por qué esta persona me contactaba? ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Qué hacía en Delhi?

Lo primero que hice fue pensar en las posibles estafas que podían estar gestándose a mi alrededor. A esta altura de mi estadía en India, creía conocerlas todas. Además, una estafa que comenzaba de esta forma me parecía demasiado sofisticada. Si no comprendía cómo Andrés podía haberme encontrado, mucho menos podía imaginar cómo un indio había podido enterarse de que un cuarto de siglo antes, en Buenos Aires, yo había conocido a Andrés.

Tomé la dirección del papel y la contrasté con el mapa. Parecía ser un hotel, en la zona del Main Bazar, no lejos de la estación de trenes. Yo estaba en la parte vieja de la ciudad, un tanto alejado, y de ningún modo tenía intenciones de moverme hasta ahí para averiguar si realmente era Andrés o no. O porqué quería contactarme. O cómo me había encontrado. La verdad es que nada de esto me interesaba.

Sentado en la cama de mi hotel, di el asunto por terminado. Me desvestí y fui a darme un baño. Lo hice al estilo indio, utilizando el balde grande y el balde pequeño. Mientras me enjabonaba, miré la spequeñas cucarachas circulando por las paredes del baño. Diría que ya me había

resignado a convivir con ellas. El baño hizo bajar el cansancio, así que decidí cenar en el restaurante del hotel. Al entrar, me debatí entre el ruidoso balcón que daba a la calle y el ruidoso interior donde sonaba la música local. Elegí el balcón. Pedí un *paneer butter masala*, estaba exquisito. Después de comer, me fumé un cigarrillo mientras seguía recordando contra mi voluntad más detalles sobre Andrés. De regreso en la habitación, me acosté y me dormí de inmediato.

Cuando desperté a la mañana siguiente, miré el teléfono. Por las ocho horas y media de diferencia horaria, tenía muchos mensajes de Argentina. Sin embargo, el que más llamó mi atención fue uno local. Era de mi amigo Mariano, él vivía en Delhi desde hacía varios años. El mensaje había sido enviado una hora antes y decía: “Hace un rato vino un tal Andrés Vetcher, argentino, preguntando por vos. No sé cómo supo mi dirección o que somos amigos. Yo no le dije nada concreto. Me dijo que se iba para la estación a tomar el tren a Agra. Muy raro.”

Volví a reflexionar. Si lo de ayer había sido extraño, esto lo era mucho más. A un nivel mental, era inobjetable que el caso no tenía por qué interesarme. ¿Qué me importaba Andrés Vetcher en cualquiera de sus manifestaciones? Pero a un nivel más profundo, inaccesible, la aparición de este personaje de la infancia se iba entrometiendo con fuerza dentro de mí. No puedo afirmar con claridad si era curiosidad, preocupación o algún otro sentimiento inasible.

Con espontaneidad desconocida, le escribí a mi amigo Mariano: “Si paso por tu casa ahora, ¿me acompañás a la estación a buscarlo?”. Tan solo un par de minutos después, me respondió: “Sí, dale”

Así como estaba, salí del hotel y me zambullí en el caos de la ciudad. Casi a los gritos, negocié el precio con el conductor de un *tuc tuc* y salimos a fuerza de bocinazos hacia lo de Mariano.

Mi amigo vivía en un complejo de viviendas semicerrado, no lejos de la dirección indicada por Andrés Vetcher. Cuando llegamos, le pedí al conductor que me esperara un momento. La única entrada tenía un puesto de seguridad. Bajé y me presenté ante el guardia. Ya me conocía, así que pude pasar sin inconvenientes. Caminé hasta la casa de Mariano. Golpeé la puerta, pero no hubo respuesta. Golpeé otra vez, silencio. Lo llamé por teléfono, nada. Muy extraño. Quizás porque no había demasiado tiempo,

volví a hacer algo inesperado, abrí la puerta. Me anuncié en voz alta, sin que nadie me respondiera. Entré y revisé los ambientes. No había nadie.

Volví a la entrada y miré el ambiente principal. Una mochila blanca fue lo que más llamó mi atención. Tuve la extraña certeza de que la mochila representaba el papel de Mariano en esta historia. Sin revisarla, la tomé y salí de la casa. Ya afuera, sin pensarlo, corrí hasta el *tuc tuc*. “A la estación de trenes”, le ordené con injustificable urgencia.

Llegamos a la entrada principal de la estación, justo frente al nacimiento del Main Bazar. El ruido de las bocinas era ensordecedor. Me bajé del *tuc tuc* y le pagué sin esperar el vuelto. Crucé entre los autos, mostrando la palma de la mano para que me dejaran pasar. En la entrada, los cargueros de valijas se amontonaban ofreciendo sus servicios. Vestían uniforme rojo y agitaban unas fajas blancas. Una vez contratados, cargaban las valijas del cliente en lacabeza y las llevaban hasta la puerta del tren, atravesando pasajeros, escaleras y puentes.

Llegué al edificio principal y, en él, a la pizarra de trenes salientes. Solo había uno anunciado a Agra y partía en pocos minutos. Atravesé los controles de seguridad a los empujones y subí al puente peatonal desde donde los pasajeros bajaban a los andenes.

En el primer tramo de ese puente, pude identificar al *scammer* que desviaba turistas extranjeros. Él también me reconoció y me sonrió con sorna. Lo amenacé sin tiempo, de compromiso, y seguí adelante mientras pude. Atascado en la multitud, miré el corto horizonte de Delhi.

Cuando por fin llegué al andén ocho, bajé los escalones de a dos y, con el tren en movimiento, logré subirme al último de los vagones.

El tren era interminable. Recorrí con paciencia la tercera clase, la segunda clase, los *sleepers*. Andrés Vetcher no estaba, aunque tampoco esperaba encontrarlo en los sectores populares del tren. Llegué a la zona de aire acondicionado y agucé mis sentidos. Recorrí sin éxito los CC. El guarda no se atrevió a interrogarme cuando, al pasar a su lado, lo saludé con seguridad. Llegando al final de la clase, el tren arribó a la ciudad de Matura. Con el tren detenido, pasé a examinar los 3AC, el sector menos exclusivo de los coches-cama. Esto me demandó más tiempo, ya que el aire acondicionado estaba muy fuerte y varios pasajeros dormían tapados.

Luego de una quincena de minutos, noté que el tren no reanudaba la marcha. Miré el teléfono, tenía un par de llamadas perdidas de mi amigo

Mariano. Me acerqué a las ventanas sucias y pude ver, más adelante, un tumulto de gente en el andén. Algo íntimo, misterioso, me hizo saber que había encontrado a Andrés.

Abandoné la búsqueda en el tren y salí por el extremo del vagón hacia el andén. Troté hasta el amontonamiento y, en el medio, lo vi. Un Andrés envejecido, andrajoso y excedido de peso yacía en el suelo. Estaba muy blanco y transpirado, inmóvil, con la mirada perdida. Dos hombres lo asistían, mientras la muchedumbre miraba expectante. “¡Andrés!”, grité como si lo conociera, como si me importara. Los espectadores intentaron impedirme el paso, mientras me pedían mantener la calma. Esos hombres eran médicos y estaban haciendo su trabajo

Ignoré las advertencias y, entre forcejeos, logré acercarme a los médicos. Los interrogué con vehemencia, exigí saber qué estaba pasando. Me explicaron que Andrés estaba en shock, pero no podían hacer nada hasta que las medicinas apropiadas llegaran. No había más alternativa que esperar a la ambulancia.

Como un reflejo, me saqué la mochila blanca y la abrí. Estaba repleta de medicamentos, jeringas y otros elementos que yo desconocía. Levanté la mirada, los médicos me miraban desconcertados. Apoyé la mochila con fuerza en el torso de uno de ellos. “Hagan algo”, les ordené. Los médicos revolvieron el contenido y tomaron uno de los preparados. Lo cargaron en una jeringa y la aplicaron en el brazo derecho de Andrés.

Como un renacido, como un verdadero retornado del mundo de los muertos, Andrés abrió los ojos al máximo y aspiró con desesperación una bocanada de contaminado pero bendito aire indio. Tardó unos minutos en comprender dónde estaba y por qué. Mientras intentaba asimilar la escena que lo rodeaba, me miró un par de veces, aunque no sé si logró reconocermelo. La ambulancia llegó y los enfermeros se sumaron a la asistencia. Cuando me aseguré de que Andrés sobreviviría, me fui lo más rápido que pude. Almorcé en las cercanías de la estación de Matura y, más tarde, volví para tomarme un tren de regreso a Delhi.

Andrés Vetcher nunca volvió a contactarme.

No sé bien por qué sucedió todo esto. Pero así, exactamente, fue cómo sucedió.

Al límite del reglamento

Llegué a la ciudad de Khajuraho atraído por los famosos templos medievales de decoración erótica, o por las insistentes recomendaciones de mi amigo indio Sachin, o porque estaba perdido en la vida y los viajes eran una excelente forma de disimularlo. Así, presa de los caprichos del viento, rebotaba por los rincones del otro lado del mundo, ocioso, sin una misión fundamental que diera verdadero sentido a mi vida.

Para llegar hasta Khajuraho, desde Delhi, había considerado dos opciones: un tren de trece horas o un vuelo de poco más de una. Podría hablar de mi necesidad de trabajar, de lo barato que era el viaje en avión o de la comodidad, pero la realidad más verdadera era que mi elección del avión se debió a mi desgano, a mis pocas ganas de deambular por el norte indio.

Khajuraho era una ciudad pequeña, de veinticinco mil habitantes, una novedad dentro de mi itinerario. Hasta ese momento, solo había visitado ciudades llenas de gente, de autos, de bocinas y de humo. El aeropuerto y el avión también eran pequeños. El nuevo destino era como un oasis de tranquilidad en medio de la superpoblación india.

Mientras el avión descendía pude ver que, apesar de ser pequeña, Khajuraho también cargaba sobre sus espaldas con la interminable nube de *smog*. Ningún lugar parecía estar exento de ella en el norte de India. Ni siquiera en los campos, ya fuera porque la contaminación de las ciudades se extendía centenas de kilómetros, ya fuera porque las personas quemaban madera (o lo que fuera) para cocinar, para calentarse en invierno o para destruir la basura.

Sabiendo que años atrás United Airlines había suspendido sus vuelos a Delhi debido a la baja visibilidad, mi experiencia durante los vuelos distaba bastante de ser tranquila.

Al bajar del avión, además de celebrar la vida, pude confirmar que la aeronave era la única en la pista. Esa soledad me generaba una placentera sensación de libertad, mezclada con algo de lúdico viaje al pasado. Me quedé un rato junto al avión. Los demás pasajeros se fueron casi corriendo,

por eso cuando entré en el edificio de la terminal lo percibí desierto. Era nuevo, como tantos otros aeropuertos que acompañaban la reciente pujanza india.

Al salir del lugar, me sorprendió la enorme cantidad de taxistas. ¿Por qué tantos? “Quienes trajimos pasajeros para tomar el avión del que te bajaste, no queremos regresar a la ciudad sin pasajeros”, me aclaró la cuestión el taxista elegido. Eso explicaba también el precio tan bajo que me ofrecían.

Subí al taxi y me dejé conducir hasta la ciudad. El camino me recordaba a los del interior bonaerense. Tranquilidad, árboles junto a la ruta y terrenos que parecían campos a cada uno de los lados.

El taxista no tardó en comenzar una conversación. Para mi sorpresa, lo hizo en español. Se disculpó por los errores y señaló a la cuarentena como responsable, ya que la larga prohibición del turismo lo había privado de mantener ejercitado el idioma. Sus primeras preguntas fueron las de siempre: primera vez en India, cuánto tiempo, lugares de visita, etc. El siguiente tema fue el hotel de destino.

Cuando le di el nombre del hotel, el taxista hizo un silencio, como si esa fuera su única posibilidad de moderarse. Luego, de a poco, fue dejando fluir su creciente mal humor. En un comienzo, trató de ser ecuánime. Según sus apreciaciones, había lugares mejores y más baratos en otros puntos de la ciudad. Enumeró ejemplos, comodidades y precios de cada uno de ellos. Sin embargo, agotada la objetividad, desbarrancó sin demasiado pesar en las descalificaciones personales. Señaló al dueño como un avaro insensible que intentaría venderme todas las excursiones, valiosas o no, al mayor precio posible. “Un dueño bastante razonable”, pensé para mis adentros.

A continuación, el taxista me ofreció las mismas excursiones por un precio mucho más bajo. Era evidente que su molestia se debía a la posibilidad de que darse fuera del negocio. Cuando llegamos a destino, me dejó su tarjeta y volvió a ofrecerme sus servicios con caballerosidad, incluyendo el viaje de regreso al aeropuerto. Le agradecí, lo saludé y entré al hotel.

Más que un hotel, era una hostería. Mi primera impresión fue positiva. Era espaciosa, cuidada y silenciosa. No estaba tan cerca del centro, pero la rodeaban unos pequeños campos, dándole un agradable aire rural. El

cuarto también era amplio y se veía limpio. No podía menos que sentirme satisfecho.

El dueño no estaba en el hotel. A cargo había varios muchachos de no más de treinta años. Tenían asignados roles difusos y eso dificultaba entender cuáles eran sus responsabilidades. No era tan fácil saber a quién dirigirse para cada tema. Con todo, todavía era posible identificar tres entidades que sedestacaban del resto: el *manager*, los tres cocineros y el Chiqui.

El manager estaba a la altura de su puesto. Era listo, amable y dinámico. Se lo veía en constante movimiento por las instalaciones, atendiendo los asuntos más variados, desde la recepción de nuevos pasajeros hasta la supervisión de los trabajos en curso. Al darme la bienvenida, me explicó los pormenores de la ciudad y me ofreció todas las posibilidades de servicio y excursiones. Pensé en las advertencias del taxista. Más que desubicado o abusivo, me pareció que hacía su trabajo. De hecho, comprendió mi desinterés con rapidez y me propuso dejar el tema para más adelante.

Los tres cocineros también realizaban sutrabajo con gran eficiencia. Una vez que recibían el pedido, se ponían manos a la obra con enorme compromiso. Nunca decían que no había algo. Si era el caso, uno de ellos salía a la calle corriendo y lo conseguía. El resultado siempre era bueno y, si cocinaban de más, también lo servían. Uno era sonriente, otro ácido y el tercero se impacientaba si el pedido no resultaba ser del todo claro. En general, era placentero recibir su servicio.

El Chiqui era el personaje más complejo. No trabajaba en el hotel, pero lo había hecho en el pasado. Conocía el lugar, su dinámica y parecía cultivar una relación de amistad con el resto de los muchachos del hotel. Como muchos otros indios, tenía bastante tiempo libre, así que pasaba una buena parte del día en el hotel, conversando con los demás o inclusive ayudándolos. Sin embargo, su mayor placer, o interés, consistía en entablar relación con los huéspedes. El argumento para hacerlo era practicar sus idiomas extranjeros. Además de hindi, bengalí e inglés, hablaba intermedios español, francés y coreano.

La primera vez que vi al Chiqui fue durante el desayuno. Se servía en una hermosa terraza, semiabierta, desde donde podían verse a lo lejos algunos de los templos. Mucho más cerca, junto al hotel, había un campo

labrado de sol a sol por un grupo de mujeres. No tenían ni una sola máquina que las ayudara. A pesar de que el calor era agobiante, trabajaban completamente vestidas.

Apenas me senté en una de las mesas de la terraza, los cocineros se acercaron, tomaron mi pedido y se pusieron manos a la obra. Mientras esperaba, quedé solo y expuesto. En ese momento hizo su aparición el Chiqui. Era menudo y sociable. Según me dijo, tenía veintidós años, aunque se comportaba como si fuera mayor. Usaba anteojos negros. Se presentó hablando un español muy respetable, sobre todo teniendo en cuenta que lo había aprendido por su cuenta. Había nacido y crecido en Khajuraho, su familia todavía vivía allí, pero trabajaba en Delhi. Ahora estaba de visita, con motivo de su propio cumpleaños, que era al día siguiente.

Casi sin conocerme, el Chiqui me invitó a su fiesta cumpleaños, a celebrarse en la casa de su familia. Me aseguró que sus familiares y hasta los vecinos estarían honrados de contar con mi presencia. A decir verdad, yo desconfiaba de los verdaderos propósitos de su invitación. Traté de imaginar todas las maneras en que mi visita a su casa podía convertirse en una trampa. Aún sin llegar a escenarios concluyentes, decliné la invitación con elegancia.

Como dato de color, cuatro meses más tarde y ya estando en Buenos Aires, recibiría un mensaje genérico del Chiqui invitándome a su cumpleaños. Mencioné la inconsistencia, pero el Chiqui me explicó con calma que en la India había dos cumpleaños, el occidental y el hindú. “En India siempre hay una historia para salir airoso de cualquier situación”, pensé lleno de impotencia.

Mi negativa a asistir a su primer cumpleaños no impidió que el Chiqui retomara el hilo de su monólogo. Solo se detuvo cuando uno de los muchachos del hotel apareció ante nosotros, le dijo algo en otro idioma y se quedó esperando en segundo plano. El Chiqui, actuando como intermediario, me preguntó si había tomado alguna decisión con respecto a la excursión que el manager me había ofrecido el día anterior. Le dije que no la haría. El Chiqui tradujo el mensaje y el joven asintió, saludó y se retiró. “La verdad es que la excursión es demasiado cara”, me confió una vez que volvimos a quedar solos. “Me lo podrías haber dicho antes”, pensé hacia mis adentros.

Finalizado el desayuno, comencé a prepararme para visitar los templos del Sector Este. Eran los menos populares, estaban dispersos en los alrededores de la ciudad vieja y se los podía acceder libremente. El estado de conservación era heterogéneo y predominaban los templos jainistas. El más importante había sido originalmente dedicado a Adinatha, el primer *tirthankara* (“aquel que alcanza la trascendencia”), pero luego fue dedicado a Parsavnatha, el anteúltimo de los veinticuatro existentes.

La visita a los templos la haría en bicicleta, por mi cuenta. El Chiqui me propuso acompañarme, oferta que decliné de la manera más amable posible. Ante mi negativa, se ofreció entonces a acompañarme hasta el primer templo, ya que la casa de su familia estaba justo al lado. Acepté.

Una vez que llegamos al primer templo, el Chiqui no se fue como había prometido. En cambio, se quedó esperando afuera. La razón para no ingresar debió haber sido personal, hacia los dioses o hacia mí porque en la entrada no había ningún tipo de restricciones. Más allá de algún persistente vendedor de *souvenirs*, nadie cuidaba ni custodiaba los templos.

Cuando salimos, el Chiqui me indicó dónde estaba el siguiente templo y se acomodó en la bicicleta. Yo comencé a impacientarme, pero decidí tolerar un poco más su determinación. Sin mediar palabra, tomamos un camino diferente al que yo hubiera elegido. En el trayecto me estuvo hablando de la vigencia del sistema de castas (su familia era de una de las superiores), me señaló un templo de Hanuman y me mostró cómo se utilizaba la bosta de vaca en los pisos de las casas para ahuyentar a los mosquitos.

En un momento, el Chiqui se detuvo a saludar a un hombre que estaba parado en el medio de la calle, solo, sin hacer nada aparente. Me lo presentó. Era el encargado de la escuela del pueblo, ubicada justo a sus espaldas. El hombre hablaba en inglés, así que comencé a explicarme el trabajo que realizaban allí y, sobre todo, la importancia que tenía el lugar para los niños de la ciudad vieja. Sobre el final, con una sonrisa, me invitó a visitar las instalaciones de la pequeña escuela.

Un par de días antes yo había leído sobre una maniobra que funcionaba de ese mismo modo en el vecino país de Nepal. El mecanismo no era demasiado elaborado. La persona “a cargo de la escuela” realizaba una visita guiada del lugar, compartía un relato conmovedor y por último

pedía una laboración. De no hacerla, uno tendía a sentirse como un occidental miserable.

Decidido a eludir la celada, rechacé la oferta. Saludé al hombre sin mediar explicaciones y me dispuse a seguir adelante. Yo no tenía pruebas, pero algo en mí tenía la certeza de que el encuentro con el hombre de la escuela había sido organizado por el Chiqui. Escasos minutos más tarde, luego de dar una vuelta a la manzana, volvimos a cruzar al hombre que, en esta ocasión, se alejaba de la escuela.

Cuando llegamos al segundo templo, el Chiqui se quedó esperando afuera una vez más. Su tozudez, sumada a la extraña situación con el hombre de la escuela, me impidió disfrutar la visita. “Mirá Chiqui, me caés bien, pero ya te dejé claro que no quiero un guía. Si querés acompañarme para practicar tu español, todo bien, pero si estás esperando obtener algún dinero de mí, es mejor que busques otro turista”, lo confronté a la salida. Con más sorpresa que nerviosismo, me aseguró que no buscaba dinero y reafirmó que su único interés era practicar el idioma.

Con la cuestión dineraria aclarada, sentí que la relación con el Chiqui se reencauzó hacia un curso más sano. Él continuó dándome explicaciones en español sobre los templos y yo continué haciéndole correcciones sobre la forma de expresarlas. Hacia el mediodía, compré dos botellas de agua, pero él no quiso aceptar la suya.

La última parada era un centro jainista, donde no solo había templos, sino también una comunidad activa de practicantes. Entré a dar un vistazo. Lo primero que me llamó la atención fue que algunas personas deambulaban desnudas. Un poco más tarde supe que eran los maestros de mayor jerarquía. Practicaban la desnudez como punto cúlmine de un arduo trabajo de desapego terrenal realizado durante muchos años. Yo no estaba demasiado convencido. ¿Era necesario andar desnudo para ser desapegado? ¿No era, acaso, una exageración, una poco desapegada forma de demostrar el propio desapego a los demás?

Yo también me consideraba una persona bastante desapegada, así que me sentí habilitado a sacarme la remera, ya que el calor era tremendo. De inmediato, los discípulos (vestidos), se acercaron a mí y me indicaron que no podía estar con el torso descubierto. Cargaban con una gran preocupación contenida, pero demostraron una gran amabilidad y me ofrecieron algunas de sus vestimentas jainistas. Apesar de reconocer la

cortesía de su accionar, no pude evitar mostrarme decepcionado. “¿Ellos pueden estar desnudos y yo no puedo quitarme la remera?”, les pregunté irritado. “Así es, ellos son maestros y han alcanzado el mayor grado de sabiduría en relación al desapego”, me contestaron. Consternado, negué con la cabeza y volví a ponerme la remera.

Un tanto molesto, continué con la visita del lugar. Había varios templos bien mantenidos, pero eran bastante más pequeños y menos decorados que los de afuera. Minutos más tarde, quizás afectados por la desilusión que habían visto en mí, un par de discípulos se acercaron y me preguntaron si deseaba mantener una conversación con el gran maestro jainista cuyo nombre ya no recuerdo. Remarcaron que estaba de visita justo en esos días, un evento por demás inhabitual que debía aprovechar. Yo no tenía intenciones de hablar con nadie. “No, gracias, pero si el gran maestro jainista desea hablar conmigo, aceptaré con gusto”, les respondí. Mi respuesta los puso en un aprieto. Volvieron a insistir en que SI YO deseaba hablar con el maestro jainista, podían organizarlo de inmediato. “Un duelo de egos poco jainista”, pensé para mis adentros.

Salí del complejo jainista, el Chiqui me estaba esperando. Estaba solo, bajo un árbol, refugiado del sol bestial de la tarde temprana. Yo no lograba comprenderlo. Regresamos juntos al hotel. Allí le agradecí su compañía y reconocí sus progresos en el idioma. Se mostró complacido y me dijo que, ya terminada la excursión, se iría a visitar a su familia, el supuesto plan matinal que nunca se había materializado.

Al día siguiente, por la mañana, volví a encontrarme con los cocineros. Una vez más, me prepararon el desayuno con esmero y simpatía. Sin embargo, la conversación se fue tornando algo extraña. De a poco, en diferentes tramos, comenzaron a hacer comentarios sobre mis zapatillas, mi camperay mis anteojos de sol. Me preguntaron dónde los había conseguido, cuánto los había pagado y qué haría con ellos al dejar la India. Se los notaba muy complacidos con la calidad de los productos, observaciones desestimables ya que los había comprado en Delhi a precios muy bajos.

Sobre el final del desayuno, el Chiqui apareció en la terraza. Casualidad o no, también hizo observaciones sobre mis pertenencias, en su caso más sobrias y desinteresadas. Luego me preguntó sobre los planes del día. “Nada especial, voy a visitar los templos del Oeste”, le contesté. Sin que yo le hiciera propuesta alguna, el Chiqui se excusó de no poder

acompañarme y adujo varias actividades agendadas. Sonreí y le mostré mi pulgar arriba. Sin llegar a confiar del todo, creí que comenzábamos a entendernos.

Los templos del Oeste constituían la atracción principal de la ciudad. Eran templos más grandes, más concentrados y mejor conservados. Habían sido construidos por varios reyes hacía mil años y estaban dedicados a varios de los dioses hindúes, como Vishnu y Shiva. Las paredes exteriores estaban ricamente ornamentadas con una gran variedad de figuras eróticas. Los templos tenían, además, una amplia plataforma que permitía caminar a su alrededor y apreciar las figuras talladas antes de ingresar al interior. La orientación de las puertas principales era hacia el Este, de modo que facilitaran la entrada de los primeros rayos de sol. El complejo tenía unas cuatro manzanas y estaba cercado por una reja nueva de unos dos metros. Para ingresar, era necesario pagar un *ticket*.

Cuando llegué pedaleando a las inmediaciones de la entrada, divisé un biciestacionamiento que estaba sobre la calle. Temí por el destino de la bicicleta, pero ante la carencia de alternativas me acerqué al lugar con resignación hinduista. Como un recuerdo imborrable, el Chiqui volvió a aparecer en la escena. “Dios mío”, pensé. Me explicó que estaba enfrente junto a unos amigos y me había visto llegar. Miré hacia la otra vereda y vi que un grupo de jóvenes nos miraban sonrientes. Ante mi consulta, me confirmó que podía dejar la bici allí con tranquilidad.

Durante la breve caminata hasta la entrada del complejo, me vi asediado por vendedores y guías para la visita a los templos. La mayoría de ellos me hablaba en español sin que yo hubiera abierto la boca. La capacidad idiomática de los khajurahenses era sorprendente.

Una vez dentro del complejo, pude apreciar que el mantenimiento era impecable. Los templos estaban radiantes, los caminos se mantenían como nuevos y el pasto circundante parecía recién cortado. Las decoraciones eróticas de los templos eran por demás llamativas, dado que en general tenemos la idea (cristiana, occidental, contemporánea) de que la religión y el erotismo son aspectos de la existencia que transcurren por carriles separados, cuando no antagónicos. Además de las parejas —y grupos— teniendo sexo, había todo tipo de divinidades, personajes y animales complementando las escenas.

Terminada la visita, salí del lugar y me vi sometido una vez más a la insistencia de los vendedores que me hablaban en español. De regreso en el biciestacionamiento, el Chiqui me estaba esperando con cierto aire de seriedad, por no decir de preocupación. Según su testimonio, alguien había intentado robar mi bicicleta pero, por suerte, él lo había impedido. Incrédulo, le agradecí su accionar.

Ya en el hotel, un hecho de trascendencia histórica estaba a punto de suceder. Argentina debutaría en el Mundial de Qatar 2022, jugando frente a Arabia Saudita. En algunas regiones de India, así como también en Bangladesh, el fanatismo por Argentina rozaba lo fantástico. Eso ocurría en las regiones de Kerala y en Bengala, aunque no en la de Madhya Pradesh donde me encontraba. Esa apatía circundante era la que me había conducido a limitarme a mirar el partido en el hotel.

Aunque no parecía ser de su interés, el Chiqui decidió mirar el partido conmigo. Y debo admitir que su presencia resultó fundamental, ya que una vez comenzado el encuentro, la señal de Internet comenzó a flaquear, al punto de no poder continuar mirándolo. Rápido de reflejos, el Chiqui me ofreció utilizar su servicio de datos del teléfono. Y eso fue lo que hicimos. Al finalizar el partido, no hubo manera de que aceptara algo de mi dinero para compensarlo.

El resultado del partido también fue histórico. Argentina perdió uno a cero y quedó al borde de la eliminación. El equipo que llegaba con la sensación interna de poder lograr el campeonato, había sido derrotado por el equipo más débil del grupo. Yo estaba emocionalmente destrozado. La escena me retrotraía a la final perdida contra Alemania en el año 2014. El Chiqui me miraba en silencio e intentaba comprender.

Más sorprendente que el resultado había sido la estrategia de Arabia Saudita para alcanzar el triunfo. Consciente de sus propias limitaciones técnicas, el equipo saudí había apostado todo su capital a jugar con la ley del *offside*, es decir, a adelantar su defensa sistemáticamente para inducir a los jugadores argentinos a quedar fuera de juego. Una apuesta demasiado alta, casi suicida, que de no ser ejecutada con gran precisión podía convertirse en una debacle de goles en contra. Pero Arabia, a fin de cuentas, lo había llevado a cabo tan bien que había ganado el partido.

Después del partido, solo atiné a agradecer al Chiqui por su apoyo y me retiré a mi cuarto. No hubo cena, ni pude dormir hasta bien entrada la

madrugada. Luego de horas de reflexión silenciosa sobre la estrategia saudí, comprendí que muchos indios se comportaban de la misma manera. Buscaban dejarme en offside, fuera de juego, para lograr quedarse con algún dinero. Como los saudíes, lo hacían más por necesidad que por deseo. Sin dudas, ellos desearían tener más recursos, un mejor juego, pero la dura realidad terminaba enfrentándolos a sus limitadas posibilidades. De manera astuta y paciente, jugaban al límite del reglamento. Pero atención, siempre dentro de la ley. No había forma de imaginarlos utilizando la fuerza, ni de pensar que cualquiera de los muchachos del hotel podía entrar en la habitación durante mi ausencia y tomar alguna de mis pertenencias. Eso hubiera sido lo más redituable, lo más eficiente, pero también lo más indigno. En cambio, había una especie de última e infranqueable muralla de orgullo. Yo debía entregarles el dinero por mi propia voluntad. Los días que siguieron me propuse corroborar esa hipótesis.

El manager, por ejemplo, cada día que pasaba profundizaba sus advertencias acerca del error que yo estaba cometiendo al no hacer las excursiones. Y también, a su favor, buscaba facilitarme las cosas. Intentaba sumarme a un grupo para que pudiera compartir los gastos, me presentaba a las nuevas chicas del hotel o me ofrecía descuentos inesperados de último momento. Sus propuestas eran totalmente válidas, y hasta ventajosas, pero yo no podía dejar de verlo como un duelo de voluntades.

Los cocineros, además de continuar con su amabilidad y eficiencia a la hora del desayuno, recrudecieron sus jocosos pedidos de que les regalara mis pertenencias. Parecía que cada día tenían menos dinero y las necesitaban más. “Argentina no está en Europa, no soy tan rico como ustedes creen”, trataba de explicarles. Ellos no me creían y estaban en todo su derecho. Me parecía justo que la desconfianza fuera mutua. El último día, ya jugados, me pidieron abiertamente que al final del viaje les enviara una encomienda con las cosas. Les prometí que lo pensaría.

El Chiqui también continuó acechándome, entre servicial y peligroso, como un tiburón demasiado precavido. Buscó entrar en mi acaparazonada ingenuidad desde los más diversos ángulos, pero siempre con cautela, evitando a toda costa que yo pudiera acusarlo de traición. Cada una de sus maniobras era opinable, interpretable, sospechosa. Nunca logré sentir que su accionar fuera espontáneo, libre de los condicionamientos de mi existencia en su vida como turista.

La última noche tuve la prevención de reservar un taxi para el día siguiente. Mi vuelo salía al mediodía. El manager del hotel me había presupuestado el doble de lo que yo había pagado por el mismo trayecto, el primer día, para llegar al hotel. Se lo dije. Me preguntó quién era el taxista y como respuesta le mostré el contacto en mi teléfono. Luego de pensarlo unos segundos, me respondió que no era posible igualar ese precio.

No confirmé la reserva con el manager y, en cambio, contacté directamente al taxista original. Acordamos el mismo precio que le había pagado para hacer el trayecto inverso. Quedé satisfecho con mis negociaciones y me fui a dormir.

Al día siguiente, hice el *check-out* y me senté a esperar el taxi. Durante mis últimos minutos en el hotel, el Chiqui dio el paso en falso que no había dado los días anteriores. O al menos así lo interpreté yo. Quizás ansioso, quizás amparado en la seguridad de no tener mucho más que perder, me hizo un último pedido demasiado brutal. Luego de una introducción pseudo-emotiva, me pidió dinero para comprarle una pizza gigante a su familia, el plato más costoso de la austera carta del restaurante del hotel. “A mi familia le encanta esa pizza y hace años que no puedo comprarle una”, fue el concepto central del discurso.

Ya no tengo más dinero”, le dije con una voz cargada de desencanto. Nos miramos con profundidad y comprensión. En esa última conversación visual, reconocí estar ante el indio más sensible que había conocido a la hora de ganarse un dinero entre los turistas, pero también le reproché este último movimiento tosco, impropio de la dignidad que había mostrado hasta entonces. Según quise interpretar, no solo se disculpó conmigo por ello, sino que me prometió mejorar sus actuaciones en el futuro.

Mientras tanto, no había novedades del taxista. Mi margen de acción se encontraba limitado por la hora del vuelo. Le envié un mensaje, pude comprobar que lo había leído, pero no obtuve respuesta. Lo llamé. Una mujer me respondió en hindiy colgó. Volví a llamar, con la intención de pasarle el teléfono al manager o al Chiqui, pero nadie volvió a contestarme. El taxista se había borrado.

Entregado, caminé hacia donde estaba el manager. Estaba del otro lado del mostrador, disponible, como esperándome. “Te dije que por ese precio era imposible”, me dijo con aires de lección.

Hizo una llamada. “El único auto disponible no te cobra el doble, como te ofrecí ayer, sino el triple”, me informó y se quedó esperando la única respuesta que yo podía darle.

“Una parte para el taxista nuevo, otra para el hotel, otra para el taxista original”, pensé. Los indios habían ejecutado una maniobra magistral. Como un delicado sistema de relojería, se habían adelantado en el momento indicado, en perfecta sincronía. Habían sido Arabia Saudita. Yo, consistente y fuera de juego, había sido Argentina.

India piramidal

Mi amiga Eliana publicó el mensaje en sus redes sociales. Había ingresado a una comunidad de mujeres que se apoyaban mediante un sistema de aportes de dinero. “Regalos”, los llamaban. Gracias a razones un tanto difusas, ese dinero se multiplicaba y se devolvía poco tiempo después.

Eliana estaba tan fascinada con la comunidad que deseaba hacer aportes adicionales. El problema era que ya no tenía más dinero. Por eso, en su mensaje público pedía que alguien se lo prestara a modo de inversión, con la garantía de devolverlo con creces más temprano que tarde. El dinero pedido no era poco y estaba expresado en dólares estadounidenses. Además, invitaba a sumarse a las mujeres interesadas (la comunidad era solo para mujeres), ya que cuantas más participantes hubiera, más rápido se multiplicaría el dinero

“Ay, ay, ay”, pensé apenas leí el mensaje. No era la primera vez que escuchaba sobre este tipo de sistemas de aportes de dinero. Pero sí era la primera vez que escuchaba esta versión remozada con tintes feministas, tan acorde al clima de época en BuenosAires.

Antes de advertir a Eliana, decidí interiorizarme un poco más sobre este nuevo enfoque del viejo esquema piramidal. Buscando en Internet, no fue difícil encontrar abundante información. Las propuestas, tanto escritas como en audios, eran larguísimas. Sin duda, tenían la intención de confundir y desorientar.

El nombre del esquema era *Telar de la abundancia*. Había también otros como *Telar de los sueños*, *Mandala de la abundancia* o *Flor de la prosperidad*. “Qué lindos nombres”, pensé.

El esquema no solo crecía de manera horizontal, de boca en boca, sino también verticalmente a partir del accionar de actrices famosa sy otras referentes del mundo femenino. Gracias a su carisma, influencia y volumen de seguidoras, para ellas era bastante más fácil conseguir nuevas participantes.

Algunos conceptos destacados de la propuesta eran los siguientes:

•Se hablaba de “empoderamiento sororo” y de “una alternativa al capitalismo del patriarcado”. “Creamos una nueva forma de relacionarnos con el dinero y nuestra abundancia”.

•Había términos como “regalos”, “energías” y “economía colaborativa”. “Un grupo de mujeres que se regalan dinero para cumplir sueños”. Algunos de los sueños mencionados eran “cambiar el auto” o “viajar a Europa”.

•Se explicaba el funcionamiento. “El Telar está compuesto por cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego. En el centro de la flor está el agua, que tiene que invitar a otros dos elementos, los tierra. Los elementos tierra invitan a dos elementos cada uno, los elementos aire. Los aire también invitan a dos elementos cada uno, los elementos fuego que son los que completan la flor. Los elementos fuego son quienes hacen la inversión inicial, que recibe el agua. Una vez que el agua recibe el dinero, sale del sistema”. Clarísimo

•Según una de las actrices involucradas, el Telar es “un espacio de aprendizaje, donde se comparten cuestiones que tienen que ver con lo emocional y lo espiritual”. “Hay compañeras que están en nuestro mandala y que ya tejieron varios mandalas antes. Ese proceso ya lo vivieron y cobraron treinta mil dólares. Hay mujeres que dejan de trabajar y se dedican a esto... Es bastante increíble. Es básicamente eso, es una red de mujeres a nivel mundial que lo que intenta es el empoderamiento (...) Es un sistema absolutamente feminista y generoso y de confianza y de auto sustento, en un mundo donde las mujeres siempre dependemos de los hombres”. Además, “el eje de la experiencia no debe basarse en el aspecto material, sino en el vivencial”. Conmovedor.

•Había voces críticas, pero las involucradas se defendían de este modo: “Conozco el Telar, van a decir que es una estafa, pero es un sistema económico entre mujeres. Tiene componentes espirituales y emocionales. No nos dejemos amedrentar, es parte del contraataque al que nos exponemos.”

La estafa, en este caso disfrazada de feminismo, era un ejemplo más de cómo una causa noble podía ser utilizada para arrear, confundir o engañar ingenuos. El ejemplo máximo del procedimiento podía verse en el mundo de la política.

Ya más informado, hice algunas consultas entre mis conocidas, para ver qué tan diseminado estaba el Telar. El resultado fue impresionante. El sistema crecía con fuerza en ámbitos artísticos y alternativos. Tango, teatro, astrología, yoga, etc. No así entre mis colegas ingenieras. Como también ocurría con ciertas ideologías, el sistema penetraba particularmente bien entre el público anumérico.

Contacté a Eliana. Para no dar pasos en falso, primero le pregunté sobre la comunidad de la que hablaba en sus publicaciones. En particular, le pregunté cómo hacían para multiplicar el dinero en pocos meses. Me dio una explicación abstracta y sentimental. Las sospechas se confirmaban. Insistí y le pregunté qué trabajo hacían... qué producto fabricaban o qué servicio realizaban. La respuesta, escondida entre un gran garabato de buenas intenciones, era nada. Detrás de la comunidad feminista multiplicadora de dinero no había absolutamente nada.

Ya convencido, le advertí que se estaba metiendo en problemas. Le compartí algunos de los artículos que yo había leído donde se explicaba la dinámica de funcionamiento del Telar. Tras unos minutos que estimé de lectura y reflexión, me contestó que no, que esto era diferente. Decidí no insistir. Tan solo le pedí que tuviera mucho cuidado de a quién le daba su dinero. Y sobre todo el dinero de los demás.

Luego de algunas semanas sin novedades, me pregunté cómo estaría evolucionando el caso de Eliana. Entré a revisar sus redes sociales. Las publicaciones pidiendo dinero habían desaparecido. Supuse que ya había descubierto la verdad. Le escribí para confirmarlo.

Así era. Y mucho peor de lo imaginado. Su situación era desesperante. No solo había perdido sus ahorros, sino que también había perdido el dinero que le habían prestado. No sabía qué hacer. La llamé, lloraba desconsolada. Yo no podía ser optimista, pero lo omití por piedad. “Algo se nos va a ocurrir”, le dije sin convicción. Tratando de ganar tiempo, le pedí que me cuente más sobre el caso.

Su contacto superior en el Telar era Lorena, su devenida ex profesora de yoga. La profesora había contactado a cada una de sus conocidas, incluyendo a sus alumnas, mediante un audio personalizado con la propuesta. Al relato genérico ya mencionado, le había agregado su propio caso personal como último eslabón de la cadena. Se trataba de su sueño: viajar a India para hacer un retiro espiritual y un curso de

perfeccionamiento. A partir de ese ejemplo soñador, invitaba a sus seguidoras a hacer lo mismo. Las desafiaba a imaginar sus propias fantasías haciéndose realidad. Esta era la oportunidad de sus vidas y estaba al alcance de la mano.

Muchas alumnas habían entrado al Telar liderado por Lorena. En un comienzo, la profesora había intentado apoyar los esfuerzos de sus alumnas para conseguir nuevas aportantes, pero al verse desbordada por la dificultad de la tarea había cambiado de estrategia. Se había borrado.

Es posible que Lorena hubiera entrado al sistema de buena fe, como también lo había hecho mi amiga Eliana. Su calidad de referente le había allanado el camino para recaudar el dinero necesario y salir con éxito del Telar. Pero al costo de enviar al precipicio a sus seguidoras, las financistas de su sueño, para quienes no era tan fácil sumar nuevas personas al esquema.

No sabemos a ciencia cierta qué pensaba Lorena. Lo más probable es que, antes o después, se haya dado cuenta de que el sistema era insostenible y, en consecuencia, de que ella era parte necesaria de una estafa. Ese fue el momento clave de la historia, tal vez de su vida. Fue cuando debió decidir si daba marcha atrás, perdiendo su propio dinero, o si cerraba los ojos y seguía adelante. De más está decir que eligió lo segundo.

La elección de Lorena me llevó a la siguiente reflexión. ¿Cuántas personas decidían mirar hacia otro lado para no perder un estatus, una comodidad o un beneficio económico? ¿Cuántos, en principio decentes, entraban de buena fe en circuitos corruptos de los cuales más tarde, como si fueran adictos, no podían salir? ¿No explicaba ese accionar casi infantil la mayor parte de las maquinarias de corrupción en las que vivíamos inmersos?

La situación de Lorena, mi amiga Eliana y las demás damnificadas no era menor. Había miles de dólares en juego y personas que lo habían perdido todo. Todavía sin saber bien qué decir, le pedí a Eliana que me ampliara los detalles sobre la desaparición de Lorena.

Como primera medida, la profesora había cerrado sus redes sociales. Tanto allí como en su teléfono, había bloqueado a todo aquel que esbozara un reclamo. En el plano material, había dejado de ir a la sala donde impartía las clases de yoga. Y, por último, había dejado su departamento.

No quedaban muchos lugares donde encontrar a Lorena. Mi amiga Eliana decidió acudir a la Escuela de Yoga, espacio donde Lorena se había formado y donde también había dado clases, antes de abandonar el lugar debido a un fuerte conflicto con El Maestro. Nunca se supieron bien los detalles de esa pelea, pero muchos la relacionaron con las múltiples denuncias por abuso que pesaban sobre el líder de la institución. Por suerte para mi amiga, la visita fue breve. El Maestro no estaba en lugar y entre las personas que la recibieron nadie sabía nada de Lorena, ni quería saberlo.

Agotadas las instancias de diálogo, Eliana y otras damnificadas decidieron contratar una abogada para perseguir judicialmente a la profesora de yoga. Lo hicieron con enorme dolor, no tanto por Lorena sino por ellas mismas. Sentían una enorme culpa por haber caído en una estafa piramidal, pero además por haber terminado envueltas en un incierto conflicto judicial. Ni hablar de las que habían pedido dinero prestado. La abogada no les cobraría nada hasta que el dinero fuera recuperado. La verdad es que yo tampoco confiaba en la abogada, pero ¿qué otra alternativa había a la vista?

Cuando mi amiga Eliana terminó de contarme los detalles de la historia, recordé que una amiga de mi hermana, Paola, también era amiga de Lorena. Quizás ella tuviera alguna novedad sobre la vida de la profesora.

En este punto de la historia, debo reconocer que mis expectativas eran ante todo literarias. A la posibilidad de justicia la veía muy lejana, por no decir inalcanzable. Sin embargo, me apasionaban los pormenores de la historia. ¿Cómo podían las personas caer en esta estafa? ¿Nadie buscaba en Internet? ¿Cómo podían los estafadores, con buenas o malas intenciones, desaparecer de la escena sin consecuencias?

Con ayuda y presencia de mi hermana, organizamos un encuentro con Paola, la amiga en común. Ella estaba al tanto del conflicto. Luego de alguna esperable resistencia y bajo una estricta promesa de confidencialidad, accedió a mostrarnos el perfil privado de Lorena en redes sociales.

Las imágenes mostraban a Lorena en varios puntos icónicos de la India, posando en reconocibles posiciones yóguicas. La calidad de las fotos era excelente y transmitían una enorme paz interior. Algunos de los escenarios escogidos, como el TajMahal, los palacios de Mysore o las playas de Goa, poco y nada tenían que ver con el yoga o el hinduismo.

Mientras contemplaba las imágenes de Lorena con fascinación, me preguntaba qué estaría pasando por su cabeza, qué complejos mecanismos de auto exculpación estarían actuando en su interior. Tal vez, amparada en su cultural educación cristiana, creía que siempre habría tiempo de arrepentirse. O tal vez, mirando las cosas desde sus creencias filo hinduistas más recientes, creyera que el *karma*—como los trucos del mago Tusam—también podía fallar.

A pesar del esfuerzo por sobreponerme a mi infatigable escepticismo, no pude evitar concluir que la pobre Lorena, en realidad, no creía en nada. Era un barrilete vapuleado por el viento, tal vez desesperado, buscando algo en qué creer. Y mientras tanto, en ese deambular sin rumbo, estaba expuesta a cualquier oportunidad de bienestar, de placer o de descanso que pudiera presentarse.

Esa era la profesora de yoga que cumplió su sueño de viajar a la India para hacer un retiro espiritual y un curso de perfeccionamiento.

Un nuevo proverbio indio viene a mi encuentro

Las cosas no iban bien. No solo era tarde, sino que las negociaciones por el precio del viaje hasta la estación de trenes no se encaminaban. Envalentonado por verme con todo el equipaje rumbo a la estación, el intermediario especulaba con mi necesidad y no flexibilizaba el sobreprecio que trataba de cobrarme. Para no perder más terreno en la discusión, yo simulaba tener todo el tiempo del mundo. De hecho, me había sentado en una piedra y me había sacado las zapatillas.

Siempre pasaba lo mismo. Al salir a la calle y tomar un *tuc tuc*, el conductor te decía que subas directamente, sin acordar el precio antes. Ante la presión de uno al respecto, accedían a la negociación y rechazaban los primeros valores. Sin embargo, al notar que otros conductores se acercaban a la escena, abandonaban la negociación, decían que sí a todo y te hacían subir para no perderte como cliente a manos de los invasores. A veces, resignados, respetaban el precio resultante de las circunstancias. Otras, se detenían a un par de cuabras y retomaban la negociación.

Había todavía una situación más molesta. Se daba cuando, al estar conversando con el conductor, un tercer extraño intervenía y tomaba el control de las negociaciones. Por lo general, era una persona que hablaba buen inglés, conocía bien a los turistas y sabía cómo sacarles más dinero. Su negocio evidente consistía en obtener precios más elevados y dividirlos con el conductor. Podían aparecer en cualquier lugar, pero sin dudas estaban en las zonas turísticas y en las estaciones de trenes.

No sé si como parte de la estrategia negociadora o no, pero una vez que comenzaban las discusiones con el intermediario, otros conductores se acercaban también a la escena. Además de rodearte, intervenían con comentarios en sus idiomas, ya fueran hacia el negociador, hacia uno o entre ellos. A veces, la situación podía resultar amenazante.

A mí me molestaba muchísimo la intervención unilateral de los intermediarios y sentía una enorme necesidad de pelearme con ellos. Sin

embargo, la solución verdadera era una mucho más simple y pacífica. Consistía en ignorarlos, dejar el lugar y buscar un *tuc tuc* fuera del área turística.

Esa era la situación, en esencia, cuando salí de mi posada en el centro de Agra, la ciudad del TajMahal. Yo estaba furioso con el intermediario, tenía muchas ganas de pelearme con él toda la tarde, pero no tenía tiempo. Me puse las zapatillas, cargué mi mochila y comencé a caminar en la dirección de la lejanísima estación de trenes. Dándose cuenta de que me perdía para siempre, el intermediario comenzó alanzar descuentos a viva voz. Ya a media cuadra de distancia, podía escucharlo gritándome precios que eran la mitad de aquellos que, hacía un minuto, él mismo había calificado como “faltas de respeto”. Yo estaba cegado por el resentimiento —un error de novato— y no estaba dispuesto a aceptar ningún trato. Prefería perder el tren que estrechar la mano de ese intermediario.

Ya fuera de la zona céntrica, me inquietó descubrir que no había otros *tuc tucs* circulando. Parecía que se habían concentrado en la zona que acababa de dejar. Con ansiedad creciente, miré en todas las direcciones y traté de adivinar dónde podía encontrar una avenida con más tránsito para aumentar mis posibilidades. Luego de tres o cuatros esquinas infructuosas, logré dar con uno. Antes de enfrascarme en otra negociación inconducente, acordamos con el conductor un precio razonable y partimos hacia la estación.

El *tuc tuc* era una *catramina*. Mi *lavarropas*, que caminaba al centrifugar, parecía ir más rápido y hacer menos ruido. Los gemidos de ese motor generaban dolor en el propio cuerpo, como cuando escuchamos chillar a un cerdo degollado. *Tuc tucs* cargados con cinco, seis o hasta siete pasajeros indios nos pasaban con comodidad. Como siempre, los pasajeros me miraban con simpatía (¿con ternura? ¿con lástima?) y me saludaban. Yo no temía que llegáramos tarde, sino que el vehículo colapsara de un momento a otro.

Tan concentrado estaba en la velocidad del *tuc tuc*, en poner toda mi energía cósmica al servicio de ese motor mártir, que apenas presté atención al paisaje de la ciudad. Me distraje solo unos instantes ante el inmenso Fuerte Rojo que dejábamos atrás, con mucha lentitud, hacia mi derecha. Y más de una vez me alarmó, como despabilándome a fuerza de cachetazos, la cantidad de basura que se amontonaba a los costados de las avenidas.

Llegando a la estación de trenes, el tránsito se volvió insoportable. Ya sin la necesidad de ser veloces, el conductor maniobró con categoría y logró hacerse paso. Cuando estacionamos frente al edificio principal, le pagué y entré corriendo a la estación, penetrando con esfuerzo entre cientos de personas.

El destino era Jaipur. El cartel principal donde se anunciaban los horarios no funcionaba. Los de cada andén, tampoco. Busqué la boletería con desesperación y pude encontrarla, pero había filas interminables de pasajeros esperando. Sobre el vidrio de la atención a los compradores el gentío era más grueso e impenetrable, ya que por una indefinida cantidad de razones las personas se amontonaban allí para hacer preguntas o para colarse. Exactamente lo que yo necesitaba hacer. La imagen proyectada de mi mismo forcejeando para averiguar el andén me resultó insoportable, así que abandoné ese plan antes de siquiera intentarlo.

A simple vista, estimé que la estación tenía ocho andenes. Decidí que iría andén por andén y preguntaría a los pasajeros si mi tren llegaba allí. Trenes consecutivos con diferentes horarios podían llegar al mismo andén, así que debería preguntarle a varios pasajeros en cada uno de los andenes.

El andén uno era el más inmediato. Pregunté a tres pasajeros y todos me confirmaron que no era allí. Tampoco sabían en cuál de los otros llegaba mi tren. Para acceder al siguiente andén tenía que subir por la escalera hasta el puente que cruzaba todos los andenes y bajar en frente. Así lo hice, con mi mochila y los cuarenta grados de calor sobre mi espalda.

Accedí al segundo y tercer andén. Hice las mismas averiguaciones y obtuve las mismas respuestas. Volví a subir las escaleras y volví bajarlas para acceder a los andenes cuatro y cinco. Mismos resultados. Hice lo mismo para acceder a los andenes seis y siete, y por fin obtuve resultados positivos en el siete. El tren iba a Jaipur, todavía no había llegado. “Bien, carajo, bien”, pensé. Sin embargo, al consultar el número de tren, resultó ser que el mío difería con el de los pasajeros que estaban esperando. Pregunté a otros tres pasajeros del andén siete y la información era la misma. Todos esperaban el tren con el mismo destino, pero todos tenían un número de tren diferente al mío.

El último de los pasajeros me sugirió averiguar qué sucedía en el andén número ocho. Miré el andén enfrente y me miré a mi mismo. Estaba muy transpirado. Miré las escaleras, miré el sol, miré el aire espeso. Tuve la

enorme tentación de cruzar directamente por las vías, al estilo indio, pero me contuve. Viré entonces hacia mi caja de herramientas estoicas e imaginé que el mismo Marco Aurelio me miraba. Si ya había llegado hasta allí, no iba a ahorrarme ese último esfuerzo.

Alentado por mi selecto público imaginario, subí las escaleras con determinación y las bajé enfrente para acceder al andén ocho. Estaba semidesierto y tuve que caminar unos cien metros para encontrar un pasajero. Al consultarlo, me confirmó que ese tren no iba hacia Agra. Sin tiempo que perder, volví sobre mis pasos y regresé al andén siete a toda velocidad, más motivado por el temor que por el estoicismo.

Solo restaba confirmar qué estaba pasando con la divergencia de números. Pregunté a unas diez personas y todas tenían un número, el mismo, diferente al mío. No pude seguir preguntando porque una bocina se oyó en uno de los extremos del andén y el tren se hizo visible en el horizonte. Las personas comenzaron a moverse.

Yo no había podido terminar de confirmar el tren, así que mucho menos había tenido tiempo de ubicar la ubicación de mi vagón. Los trenes eran tan largos que, parado a la altura del vagón intermedio, uno no llegaba a visualizar donde finalizaban. Por eso cada vagón tenía un código y ese código se reflejaba en unos pequeños carteles electrónicos ubicados a lo largo del andén. Ese día los carteles no funcionaban.

A pesar de la adversidad, yo había tomado mi decisión: me subiría a ese tren y llegaría a Jaipur. No importaba que no fuera mi número, o mi vagón, o mi asiento. Mi pasaje era lo suficientemente parecido y mis esfuerzos habían sido demasiado grandes como para descartarlos. Subiría de cualquier modo y luego, ya en marcha, arreglaría todo lo que tuviera que arreglar.

En India, no existían los finales felices. En realidad, no existían los finales: siempre había una nueva sorpresa esperando.

El tren llegó. Yo estaba abocado a preparar la discusión con el guarda. Por eso me sorprendió encontrar mi número grabado en la parte superior de cada uno de los vagones que pasaban frente mí. Una tras otra, las formaciones me devolvían el número mágico, el mío. El número de los otros pasajeros brillaba por su ausencia. Una avalancha de adrenalina dulce me invadió el cuerpo. De inmediato, me di cuenta de que era feliz. Lo era tanto que ni siquiera presté atención al accionar de los demás pasajeros.

Ya en el tren, comencé a caminar en la dirección que me pareció más prometedora. Cuando encontré a uno de los guardas, le mostré mi boleto. Me dio las indicaciones del caso y luego de caminar varios minutos por el pasillo central del tren pude encontrar mi asiento.

Acomodé mi mochila y me senté. Instantes después, mientras miraba el paisaje árido, un nuevo proverbio indio vino a mi encuentro:

“Dado un instante, no es posible tomar dos trenes en el mismo andén. A menos que uno se encuentre en la India.”

Atrapado en el Palacio de los Vientos

La llegada a Jaipur, la ciudad rosa, fue una bocanada de aire fresco. Es un decir, ya que el aire estaba tan contaminado como en Agra o en Delhi, pero en otros aspectos la ciudad exhibía logros dignos de mención. Existía el concepto de vereda, especialmente en los mercados que constituían el corazón de la ciudad, y la ciudad se sentía más limpia. De mañana, era corriente ver a los comerciantes limpiando los frentes de sus locales. Un poco más allá, la calle incorporaba rotondas y oficiales que, aun que no lograban su cometido, demostraban una valiosa intención de organizar el tránsito.

Los mercados debían ser disfrutables para los compradores. No solo tenían veredas, sino que eran directamente paseos. Había galerías techadas separadas de la calle mediante columnas que, además de proveer un espacio para caminar, permitían a los caminantes protegerse del sol y de la improbable lluvia. La efervescencia del lugar era impresionante. Decenas de miles de personas se acercaban a los mercados de Jaipur desde las más diversas regiones de la India. El comercio era sin dudas un vector ordenador y una fuente de progreso para la ciudad.

Mi primera mañana en la ciudad decidí disfrutar de los paseos y me dispuse a caminar hasta una de las atracciones principales de la ciudad, el Hawa Mahal, también conocido como el Palacio de los Vientos. El palacio había sido construido poco más de doscientos años atrás por un poderoso majará con el objetivo de extender la *zenana*, es decir, la residencia del *harén*. El edificio, con sus decenas de pequeñas ventanas permitía a las mujeres de la realeza contemplar el espacio público sin ser vistas. Las ventanas, además, facilitaban la circulación del aire para acondicionar el palacio y era ese viento el quedaba nombre al lugar.

Llegué al pie del palacio. Era tan imponente en la realidad como lo retrataban las crónicas. El sol no le daba completamente de frente, pero sí lo suficiente como para realzar el color rosado. Frente al edificio, una densa y ruidosa caravana de vehículos transitaba una ancha avenida de dos manos.

Del otro lado, también se levantaban algunos edificios de cuatro o cinco pisos. Y dos de ellos tenían cafés en las terrazas. Eran los famosos *rooftop cafes*.

Crucé la calle entre los autos de la única forma posible, mostrando la palma a los conductores para pasar frente a ellos. Llegué del otro lado y elegí uno de los cafés al azar. Subí las escaleras y un hombre me dio la bienvenida, sin que yo le dijera palabra. “Hola”, me dijo en español. Un poco sorprendido, le devolví el saludo y me dejé conducir hasta la terraza. Mientras avanzábamos, el hombre me contó que había vivido en Buenos Aires durante un año, hacía tres décadas, y que era capaz de reconocer a un porteño con tan solo verlo. Lo miré bien. La mirada del hombre de dientes destrozados emanaba una gran comprensión. No supe qué contestarle. Al llegar a la terraza, por fortuna, la mejor mesa se estaba desocupando. “El mejor lugar para mis amigos argentinos”, sonrió el indio, sin dudas satisfecho de poder pronunciar esas palabras.

Desde ese lugar, la vista del Palacio de los Vientos era espectacular. También era posible ver el río de autos delante y el resto del palacio detrás. Ordené. El café con leche y las tostadas llegaron muy rápido. Mientras disfrutaba el desayuno, contemplé el palacio. No fue tanto la gran arquitectura *rajput* lo que más me llamó la atención, sino la escena que se desenvolvía sobre la torre derecha del palacio.

En la parte superior de la torre, había tres ventanales. Desde el ventanal central que daba a la calle, colgaba una escalera de unos diez metros, hecha a mano con sogas y caña. Y en la mitad de la escalera, un hombre muy flaco con *jeans* y camisa manga corta pintaba el edificio. Estaba sentado en uno de los peldaños de la escalera, sin más seguridad que un casco suelto.

El hombre tomaba la pintura de un balde que colgaba a su lado. Al balde lo sostenía una soga que venía desde arriba de todo. Y a la soga la sostenía una señora que permanecía inmóvil y tenía el pelo cubierto.

La imagen no solo era pintoresca, sino que desafiaba la comprensión. Sugería que el hombre solo, con la única ayuda de la mujer y la escalera de caña, tenía a su cargo pintar la totalidad del palacio. El proyecto parecía recién comenzado y el hombre no mostraba ninguna clase de apuro. No era difícil estimar que, para cuando terminara, iba a tener que comenzar de nuevo.

Busqué a mi alrededor alguna complicidad y, en efecto, un hombre mayor observaba al pintor con unos voluminosos binoculares. Cuando los bajó, me miró. “*Extraordinario*”, me dijo en inglés. A continuación, el estadounidense justificó los binoculares contándome que era avistador de aves. Y me los ofreció. Acepté.

Ya con los binoculares, miré al hombre mojando el pincel en el balde y pintando con absoluta parsimonia. Luego me enfoqué en la señora de arriba, sosteniendo la sogá del balde, incólume. “¿Qué pensarán? ¿Cómo habrán llegado hasta ese lugar?”, me pregunté. Cuando terminara ese metro cuadrado de pintura, el hombre iba a tener que moverse un peldaño más abajo, en una maniobra no exenta de riesgo. Y cuando terminara, iba a tener que colgar la escalera de otro de los ventanales. Y quién sabe cómo iba a lograr cubrir el resto de la superficie de la torre.

Sin mucho más que extraer de la monótona escena, aproveché los binoculares para examinar el resto de la fachada. Desde el pintor, me fui moviendo hacia la izquierda para repasar las delicadas ornamentaciones de las ventanas. Pero algo inesperado sucedió cuando llegué al centro del palacio.

Desde una de las pequeñas ventanas me observaban un par de ojos negros, apenas asomados detrás de la cortina verde y de un velo del mismo color. Quité los ojos de los binoculares y solo pude advertir una cierta irregularidad en la cortina. Identifiqué la ventana específica dentro de la grilla de ventanas del palacio. Volví a enfocar los binoculares y me encontré otra vez con los ojos negros. No había dudas de que me estaban observando.

Dejé los binoculares y los devolví al dueño. Me quedé extrañado, mientras en un lejano segundo plano escuchaba sin comprender las palabras del *birdwatcher*. Cuando volví al plano de la conciencia, miré a mi interlocutor, le sonreí y me despedí. Pagué la cuenta, bajé las escaleras empinadas y salí a la calle. Desde la vereda de enfrente, contemplé la magnanimidad del palacio y volví a ubicar la ventana misteriosa. Solo pude ver una cortina, pero me pareció que se movía.

Crucé la calle entre los autos, pisé la vereda del palacio y fui hasta la entrada. Pagué el *ticket* y, ya dentro, seguí los carteles señaladores que llevaban a las escaleras. Subí hasta el piso que había memorizado y solo encontré una puerta que decía “No entrar”. Me detuve y simulé consultar mi

teléfono mientras dejaba que otros turistas se me adelantaran. Abrí la puerta y accedí a un gran espacio abierto. No había nadie. Hacia mi izquierda, había una extensa pared con dos puertas, una en cada uno de los extremos.

Abrí la que estaba más cerca y accedí a un gran salón, más largo que ancho, en cuya pared enfrentada se sucedían las pequeñas ventanas que daban a la calle. Justo junto a la ventana central, había una mujer parada que giró hacia mí y me miró sobresaltada.

La mujer estaba completamente cubierta por exóticos ropajes que proyectaban una gran calidad. Con una de sus manos se llevaba el velo a la cara. Yo solo podía verle los ojos. Mientras la miraba, atravesé la puerta y di un par de pasos dentro del salón. Supongo que fue el viento el que cerró la puerta con violencia.

La mujer, alterada, me dijo unas palabras ininteligibles. Años después, a fuerza de fatigar mi memoria y a varios expertos en lenguas indias, llegué a la imprecisa conclusión de que se había dirigido a mí en *rajasthani* y que me había dicho: “Usted no puede estar aquí, el *maharajá* llegará pronto.

No dijo más que eso. Inmediatamente después, corrió hacia la segunda puerta del salón, salió y cerró la puerta tras de sí.

Quedé solo. Miré a mi alrededor y me pareció lo más natural del mundo asomarme a las ventanas. Y allí sucedió lo fantástico. Tan increíble fue lo que vi por las ventanas que di un salto hacia atrás, como si mi comprensión hubiera rebotado contra una realidad demasiado difícil de digerir. Volví a asomarme con gran cautela y pude ver con mis propios ojos la India del pasado.

También con posterioridad estimé que era la Jaipur de los años próximos a 1820, la del Palacio de los Vientos recién construido. La escena era esencialmente la misma que la actual, pero de otra época. El tráfico era intenso, pero no había automóviles ni bocinas, sino carretas y animales de tiro. Los comercios de tela eran sorprendentemente similares, pero en cambio pude ver más artesanos trabajando en la vía pública. A simple vista, pude ver un zapatero, un herrero y un alfarero. En una de las esquinas, había un músico que tocaba un instrumento extrañísimo que me recordaba a una cítara, pero más grande y rudimentaria. A lo largo de la ejecución, el artista iba intercalando una especie de recitado doliente.

Asombrado, pero también preocupado, me despegué del espectáculo de las ventanas y me volví hacia la pared de las salidas. Miré las dos puertas

cerradas. Fui hacia la segunda e intenté abrirla, pero no pude. Caminé entonces hasta la otra, aquella por la que había entrado, pero también estaba cerrada con llave.

Maldije. Me pregunté qué hacer, pero no tuve tiempo de ensayar respuestas. Alguien golpeaba la segunda puerta. Volví e intenté abrirla sin éxito. Entonces escuché una voz que, en perfecto inglés, me decía lo siguiente: “Por razones que exceden las posibilidades del lenguaje, usted ha sido bendecido con la rara posibilidad de presenciar el pasado. No es un regalo, sino un servicio, y como tal debe ser recompensado. Dada su excepcionalidad, no es posible ofrecerlo en condiciones normales de voluntariedad. Y por lo tanto, tampoco son normales las condiciones para su cobranza. Usted debe pagarnos la módica suma de tantas rupias en el transcurso de los próximos quince minutos. De no hacerlo, no solo quedará atrapado en la sala, sino también en el pasado. Y créame que al maharajá no le agradará eso.”

No dije palabra. Caminé hasta la ventana para volver a contemplar el pasado mientras decidía qué hacer. Si iba a pagar por este servicio obligatorio, al menos iba a utilizarlo hasta el final.

Ya junto a la ventana, experimenté una particular mezcla de sensaciones. Por un lado, el alivio de contar con una promesa de liberación. Por otro, la amarga impotencia de saberme extorsionado. ¿Acaso alguien podía obligarme a disfrutar de la maravillosa oportunidad de asomarse a otro tiempo? ¿Acaso alguien podía obligarme a la fortuna, al amor, a la felicidad?

Sopesé mis alternativas. La suma que la voz extorsionadora me exigía no era modesta, a menos que uno la comparara con la alternativa de quedar encerrado en el pasado a merced del maharajá. Es cierto que la amenaza podía ser falsa, pero la realidad es que no tenía ningún interés en ponerla a prueba. Tantas veces había derrochado mi dinero por mucho menos. Decidí aceptar mi derrota. Pagaría.

Antes de que el tiempo se agote, fui hasta la segunda puerta. Pude sentir una paciente presencia del otro lado. Tomé todo el dinero que tenía en el bolsillo y lo conté. “Es todo lo que tengo”, dije mientras lo pasaba por debajo de la puerta. La respuesta fue un tirón del dinero. El silencio sepulcral posterior solo fue interrumpido por un par de golpes en la otra puerta.

Troté hasta la primera puerta y pude abrirla. Salí al espacio abierto y miré en todas las direcciones. No había nadie. Supongo que fue el viento, otra vez, el que cerró la puerta con violencia. Volví para tratar de abrirla pero ya no era posible.

Apuré mi salida del palacio. Cuesta abajo por las escaleras, volví a encontrarme con las mismas caras aleatorias de los turistas y volví a sentir el ruido de las bocinas en la calle. Cuando salí, todo era presente, el mismo que había dejado hacía menos de media hora.

Crucé la calle y miré el palacio. Intenté identificar la ventana desde la cual los ojos chispeantes me habían atraído, pero la cortina ondulante ya no se movía

El viaje en India continuó sin que yo pudiera dejar de pensar ni un solo día en lo acontecido. De regreso en Buenos Aires, conté esta historia decenas de veces, ante el escepticismo o el desinterés de las más diversas personas. La respuesta más reiterada que obtuve —una forma elegante de cambiar el tema— fue la firme recomendación de escribirla cuanto antes.

Resignado, tal vez un poco triste, eso mismo es lo que he hecho.

El viaje en tren más largo de mi vida

Es apropiado interpretar este pequeño escrito como un *bonus track* del otro titulado *Un nuevo proverbio indio viene a mi encuentro*.

El comienzo es más o menos el mismo. Negociaciones con *tuc tucs*, horarios de llegada ajustados y estaciones de trenes atiborradas de gente. El lugar geográfico, sin embargo, es diferente. Se sitúa en el Punjab, norte montañoso de la India y hogar preferido de los *sikhs*.

La incertidumbre respecto de los andenes también es la misma. No queda claro a cuál llegará mi tren, en el caso de que llegue. Hago las mismas averiguaciones, subiendo y bajando escaleras a toda velocidad. Finalmente, elijo un andén y decido que voy a subirme al próximo tren que vaya a destino, sin importar si es exactamente el mío.

El tren llega, pregunto si va a Amritsar. Me dicen que sí, así que me subo al vagón que está frente a mí, sin perder el tiempo en averiguar si es el mío o no. Apenas me subo a la formación, me doy cuenta de que algo no está bien. El vagón está completamente vacío. Miro hacia ambos lados del tren y lo mismo sucede con los demás vagones hasta donde puedo ver. Me resigno y decido quedarme allí mismo. India proveerá.

Dejo la mochila y me recuesto en uno de los asientos tipo cama. Saco mi ejemplar de *La india secreta* y me pongo a leer con entusiasmo. El libro es excelente.

No pasa mucho tiempo hasta que tres personas se presentan ante mí. Son *sikhs*, los reconozco con facilidad. Llevan turbante para cubrir su *kesh*, es decir, su cabello sin cortar. Sus barbas son tupidas. Y lo que es más impresionante para mí, llevan a la vista sus cuchillos, llamados *kirpan*. Lo guardan en una vaina, adosado a la *gatra*, una especie de cinturón. Aunque no puedo verlos directamente, apuesto a que también llevan *kangha*, *kara* y *kachera*.

Es fácil advertir quién es el que manda. El jefe se presenta amable y sonriente. En el fondo, ya sabe lo que ocurre y lo que está por ocurrir.

Yo dejo el libro, me incorporo y le devuelvo el saludo sonriente. Tan fácil es entenderse rápido. Busco en el bolsillo y le entrego mi boleto. Lo acompaño con una explicación bastante tediosa de mis inconvenientes, lo que me dijeron en la boletería y de cómo terminé allí. Como conclusión, le digo que debería pagarle una diferencia para usar el coche cama y que me gustaría hacerlo. Él asiente y apenas mira el boleto de reojo.

Terminado el capítulo de las formalidades, el jefe me hace algunas preguntas personales. Si es la primera vez que estoy en India, desde cuándo, cómo es mi viaje. Le respondo con buscado entusiasmo. Luego me pregunta de dónde soy. Al obtener mi respuesta —Argentina—, abre los ojos con genuina emoción y me cuenta de su pasión por el fútbol, por Maradona y por Messi. Si tenía alguna duda sobre qué hacer conmigo, se han disipado por completo.

Cuando retomo el tema de pagar el boleto, el jefe me corta en seco. Eso no hará falta porque soy su invitado. Yo finjo sorpresa y agradezco con gran énfasis.

Cerrado el capítulo del boleto, el jefe se disculpa por tener que retirarse. Tiene que seguir con los controles del tren. Se lleva a uno de sus acompañantes, pero aclara que me deja en las buenas manos del otro. “Harpreet”, lo presenta. Sin dejar lugar a posibles comentarios, me estira la mano antes de irse. Yo se la estrecho y mientras me pregunto porqué tiene que dejarme en manos de Harpreet.

Cuando miro a Harpreet, veo algo extraño en su mirada. Una especie de placer malicioso. Cuando el jefe y el otro ayudante desaparecen, quedo frente afrente con él. Me saluda con la mano y vuelve a presentarse. Yo le devuelvo el gesto y me dispongo a retomar la lectura, pero eso no resulta posible.

Harpreet inicia una conversación con enorme convicción. Yo le contesto con desgano, pero eso no lo desanima. Se sienta en la cama de enfrente. “La puta madre”, pienso. Una vez que ha agotado su charla unilateral, me pregunta si deseo ver las fotos de sus últimos viajes. La verdad es que no quiero, pero el pacto de amabilidad con los inspectores del tren, en un lugar muy profundo de mis creencias equivocadas, me lo impide. Accedo.

Mientras le hago lugar a Harpreet, me refriego la cara. “Qué hice”, me reclamo más que me pregunto. Sospecho que él se da cuenta de mi desazón,

pero no le importa en lo más mínimo. No es disemia lo suyo, sino sadismo. No tengo idea de si su goce proviene de poder mostrarme las fotos o de poder torturarme con impunidad, pero las consecuencias son las mismas.

Harpreet se sienta a mi lado, desbloquea el teléfono y abre la galería de imágenes. Desliza hacia abajo cientos de fotos. Está decidido a comenzar por el principio.

Yo había visto a los indios sacarse fotos de una manera diferente a cómo lo hacíamos los occidentales. Había diferentes niveles a considerar. Por un lado, las fotos en sí mismas, donde había una cierta tendencia a la seriedad de los rostros. Por otro, los escenarios; por ejemplo, en las playas, era inusual el concepto de ir a pasar el día, o tomar sol, o meterse al agua, y en cambio los indios asistían durante el atardecer, bien vestidos, a sacarse fotos. Por último, la compañía, donde había un particular gusto por incorporar a los visitantes extranjeros.

En ese momento, yo iba a presenciar el fenómeno desde adentro, desde la galería de imágenes del teléfono de un indio. Esta observación, que no debe ser confundida con curiosidad, era el resultado de un enorme esfuerzo por encontrar aspectos positivos a una situación que, sin dudas, estaba padeciendo. A esa nueva perspectiva, interesante por mera necesidad, intentaría agregarle algo de interactividad con preguntas incisivas que indagaran en cuestiones controversiales sobre las que había estado reflexionando. Si no era para encontrar respuestas, al menos para incomodar a Harpreet hasta el punto en que se decidiera a abandonar mi compañía.

Mi estrategia fue sometida a una derrota humillante. Harpreet ignoró sistemáticamente mis preguntas y comentarios. A cada una de mis intervenciones contestaba con una nueva foto y una descripción que nada tenía que ver con los temas que le planteaba. Era como un sordo. Hundido en el papel de una pasiva esclavitud, me resigné a mirar en silencio cada una de los fotos.

Aunque yo era un muerto en vida, algunas fotos no dejaban de asombrarme. Para evitar la tentación de arrastrar a otros a mi desgracia, me concentraré tan solo en un ejemplo.

El escenario de las fotos más increíbles era alguna de las hermosas playas de Goa, tal vez Patnem. Allí, Harpreet estaba con varios de sus amigos en la playa. Vestían pantalones cortos y la mayoría de las veces aparecían dentro del agua. Lo llamativo no era que tuvieran los turbantes

puestos, sino que además usaran una especie de bandolera que sostenía una vaina y, dentro de ella, el famoso cuchillo.

En ese momento reactivé mi actitud cuestionadora y le pregunté a Harpreet sobre la costumbre de entrar en el agua con los cuchillos. ¿Por qué? ¿No era demasiado? ¿No se oxidaban los cuchillos? La respuesta a mis preguntas fue ignorarme. Siguió pasando las fotos hasta que los cuchillos en el agua quedaron bien atrás.

Así transcurrió el viaje en tren hasta que llegamos a destino. Solo allí, con la inapelable excusa de tener que bajarme, pude deshacerme de Harpreet y sus fotos.

Hasta ese momento, el viaje en tren más largo de mi vida había sido en el famoso Transiberiano que cruza toda Rusia. Harpreet había logrado relegarlo a un duradero segundo lugar.

Un plato picante que se sirve frío

*“Hay que pegar donde uno ve.”
Boogie, el aceitoso*

Durante los últimos días de mi estadía en la India fue madurando en mí la imperiosa necesidad de una venganza. Si los indios, amparados en su milenaria sabiduría hindú, se habían sentido habilitados a engañarme, a mentirme y a quitarme el dinero con deslealtad, ¿por qué no podía yo, a fin decuentas un hijo de la competitiva cultura occidental, permitirme las deliciosas mieles de la justicia por mano propia?

Dicen que lo deseable —y lo difícil— no es ser bueno, sino justo. Por eso me propuse una venganza equilibrada, ecuánime, una que yo pudiera presentar como legítima y comprensible ante los demás, pero sobre todo ante mi mismo. Una que yo pudiera exponer con elegancia y —por qué no, llegado el caso— con orgullo. Una que fuera seria, profesional, a la altura de mi formación en el sofisticado campo de la ciencia. Por eso, en esa búsqueda de castigo mesurado, me pareció acertado acudir al insobornable auxilio de lo contable, de aquello que podía medirse y compararse.

Tomé un papel y un lápiz. Listé de la manera más imparcial posible cada una de las estafas que había padecido. Utilicé una descripción y un valor de dinero asociado expresado en rupias. Me pareció válido considerar las estafas en las que no había caído, pero aún así decidí no incluirlas en la cuenta de la venganza, para que nadie pudiera levantar el dedo y señalarla diciendo la palabra “desproporción”. Sí las listé, para no olvidar mi magnanimidad, pero les dejé asociadas un valor de cero rupias. También dejé de lado cuestiones tal vez demasiado abstractas como daños, perjuicios o irrecuperable tiempo perdido.

Cuando terminé el listado, hice la suma de las pérdidas económicas directas sufridas y así quedó establecido el valor objetivo, mensurable e inapelable de mi venganza. A juzgar por el valor final, tanto los perjuicios sufridos como la venganza en gestación resultaron ser bastante modestos.

Pasé a considerar entonces quién sería el destinatario del daño que yo estaba resuelto a realizar. Lo ideal hubiera sido darle su merecido proporcional a cada uno de los estafadores, pero no era difícil darse cuenta de que eso era imposible. Yo no tenía tiempo ni forma de buscar a cada uno de ellos, en los distintos rincones de la India, y diseñarles una venganza a medida.

Era necesario encontrar un representante. Alguien que encarnara a mis estafadores y tal vez a todos los estafadores de la India. Podía irse todavía un poco más lejos y pensar ya devenido en superhéroe—no solo en los estafadores del presente, sino también en todos los habidos y por haber, del subcontinente indio y del mundo entero. En resumen, de una forma u otra, necesitaba una figura que concentrara en su existencia, por cuestiones ante todo prácticas, la sumatoria del castigo a recibir.

Pensé en el Gobierno de la India como el apoderado lícito de mis estafadores. El representante del pueblo por excelencia asumiría la responsabilidad de sus súbditos y recibiría mis golpes. Sin embargo, a medida que progresaba en el diseño del castigo, comencé a sentir que el Gobierno era una entidad demasiado grande, demasiado etérea y demasiado difícil de dañar. ¿Qué clase de herida palpable, sin caer en la desproporción o en la irrealidad, podía yo infligirle a semejante coloso? No podía dejar de imaginarme a mí mismo arremetiendo contra una gigantesca nube, contra el inabarcable mar o contra la interminable historia india.

Necesitaba un representante más concreto. Alguien que padeciera en carne propia las consecuencias de mi accionar, que sufriera de un modo físico y humano mi castigo, que llorara, que se llenara de odio al reconocermelo como el arquitecto de una venganza, que pudiera saber de mi propio sufrimiento, de mi rencor, de mi inteligencia, de mi paciencia y de mi audacia.

Se imponía, entonces, la elección de alguno de mis estafadores directos. Cerré los ojos y viajé en el tiempo para repasar con minuciosidad los rostros sonrientes que me habían engañado. Como en un sueño, volví a encontrarme con la gran orquesta de embaucadores de Delhi, con el *priest* a orillas del lago Pushkar, con José de los *baby camels*, con los jóvenes del hotel de Khajuraho, con los habitantes del complejo de templos de Pashupatinath y con muchos otros más.

Para cada uno de ellos, esboqué por escrito una serie libre de posibles venganzas. La enumeración era extensa y abarcaba desde las ideas más brutales hasta las más impracticables. No me privé de nada. Consideré el uso de disfraces, el robo desembozado y hasta el daño físico. Por supuesto, el sentido común me fue guiando en el descarte de las ideas más rocambolescas y la lista se fue achicando por supropio peso. En ese ir y venir de posibilidades, en ese organizado ejercicio de la imaginación, di por fin con el milagro de la iluminación.

No tenía mucho tiempo, me quedaban apenas tres días en la India. Revisé los detalles de mi plan durante un día más. También reflexioné sobre los aspectos más cuestionables del accionar vengativo, pero ninguno de los argumentos racionales logró aplacar las verdades sentimentales que, como un animal territorial, ya se habían instalado en el centro de mi alma.

Los jóvenes del hotel de Khajuraho eran los elegidos. En equipo con los taxistas, el último día de mi estadía allí, me habían dejado en lícito offside con precisión saudí. El Chiqui, digno representante de ese combinado, me había tendido sutiles y variadas celadas durante sus oficios como guía *ad honorem*. Y por último, los cocineros habían buscado estimularme la culpa para que les regalara mis zapatillas, mi campera y mis anteojos. En particular, como último manotazo desesperado, me habían pedido que antes de dejar la India les enviara una encomienda con mis pertenencias más valiosas. Sobre este último punto edificaría mi contragolpe.

Definidas las víctimas que llevarían todo el peso de mi desquite, nuevas objeciones morales se cernieron sobre mi espíritu. ¿Era necesario caer concrueldad sobre estos muchachos de bajos recursos, algunos de ellos con familias a cargo, tan solo para satisfacer los reclamos internos de una ira tal vez caprichosa? ¿No había una forma más elevada de aplacar esas ansias capitales de pecar? ¿No representaba una idea superadora volcar esas pulsiones vengativas en un escrito? ¿No era la creación artística un vehículo más acorde a la elevada opinión que tenía de mí mismo? En resumen, ¿no estaba yo, un autopercebido artista sensible, para algo más que eso?

Le envié un mensaje al Chiqui. Le expliqué que era mi último día en la India y que tenía el deseo de enviarles la ropa que me habían pedido. Además, compraría regalos adicionales en el Main Bazar de Delhi, donde podía obtener muy buenos precios. Y, lo más importante, agregaría también

unas camisetas argentinas que había conseguido. Lo único que necesitaba de ellos era que se hicieran cargo del costo del envío. “Como una forma de mostrar compromiso con el proyecto”, justifiqué sin demasiado sentido. Por una vez, las diferencias culturales jugarían a mi favor.

Para cerrar el mensaje, le pedí al Chiqui que me enviara la dirección completa de destino y le informé el valor del envío junto a mis datos de identificación de *Paytm*, la billetera virtual más utilizada de India. Lo que no le dije es que ese valor coincidía exactamente con el valor total de la venganza que yo había calculado.

La primera respuesta del Chiqui fue el silencio. Pude adivinar el entusiasmo infantil chocando contra la desconfianza adulta. Me imaginé la fe de los cocineros y las agudas advertencias del manager. El depredador había encontrado una presa demasiado servida. Nerviosa, la fiera daba vuelta sobre sí misma y miraba repetidamente hacia los alrededores, incrédula, resistiéndose a la peligrosa tentación de entregarse sin más a la buena suerte.

Un par de horas más tarde, el Chiqui me pidió que lo llame por teléfono. Lo llamé. Me realizó varias preguntas generales sobre la ropa, el procedimiento de envío y demás. Había cierto lejano nerviosismo en sus palabras. Creí adivinar que tenía el volumen en altavoz y que los demás jóvenes también estaban escuchando. Por mi parte, le contesté las preguntas con transparencia, con la suave convicción de quien está diciendo una verdad que no necesita. Cuando terminó el interrogatorio, no tuvo mayores reparos en pedirme que yo pagara el envío. “Nosotros no tenemos dinero, por eso te pedimos la ropa”, argumentó con eficacia. Eso no me sorprendió. ¿Qué clase de estafador adelantaría dinero sin un agudo sentimiento de estar entrando en una trampa? Con envidiable aplomo, desplegué una respuesta larguísima sobre el significado del compromiso en la cultura argentina. “En Argentina, los acuerdos se construyen con pacientes idas y vueltas, muchas veces tácitas, donde cada una de las partes hace una pequeña concesión y, con ello, se va cimentando una relación de confianza compartida”, fue un resumen de los interminables conceptos que dediqué a la cuestión con el secreto objetivo de presionar la paciencia de los jóvenes indios. Hartos o convencidos, en un momento de la conversación confirmaron haber comprendido mis motivaciones y prometieron darme una respuesta un poco más tarde

En efecto, una hora después me enviaron el comprobante de la transferencia, la dirección de destino del envío y los talles de cada uno de ellos para que yo los tuviera en cuenta a la hora de hacer las compras. Ingresé a la aplicación de la billetera virtual y confirmé que el valor del envío estaba acreditado. Extasiado, me reí solo durante un buen rato.

Le confirmé al Chiqui la recepción del dinero. Además, le informé que al día siguiente —el último—iría a hacer las compras y haría el envío. Con contenida impaciencia, se mostró de acuerdo, pero me pidió que le enviara fotos de las compras y el comprobante del envío. “Ningún problema”, lo tranquilicé.

Al día siguiente, bajé a la recepción del hotel e hice el *check-out*. Dejé mi equipaje en el depósito para poder moverme en el exterior con una mayor comodidad. Busqué uno de los locales que hacían transacciones financieras y extraje el dinero que los jóvenes indios me habían enviado. Con el dinero en el bolsillo, dediqué el resto del día a comprar algunos regalos para mi familia en el Main Bazar. Hacia la tarde, me convencí de estar tomando una merienda en lo más parecido a un café que había en la zona. Y por último volví al hotel, recogí mi equipaje y partí rumbo al aeropuerto.

Ya en la terminal, despaché el equipaje, sellé mi pasaporte ante las autoridades migratorias y atravesé sin problemas los controles de seguridad. Busqué la puerta de embarque y me senté en la sala de espera. Me sentí realizado. Sabiendo que era la última vez, revisé mi teléfono. Tenía varios mensajes y llamadas del Chiqui, demandando novedades sobre las compras. “¡Todo enviado!”, fue mi respuesta breve y final. A continuación, apagué el teléfono, retiré el chip local y lo tiré a la basura.

Mientras ingresaba al avión, la imagen de Woody Allen se me vino a la cabeza. La venganza no puede ser atribuida a las fuerzas del *karma*, pero es una relación tan parecida que se necesita un experto para poder diferenciarla.

Por fin, el fin

Cómo contactarme

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.
jmguerrera.com.ar
- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.
jmguerrera.medium.com
- Email. Contame qué te pareció el libro.
jmguerrera@gmail.com
- Instagram. A veces, hago sorteos de libros.
[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)
- WhatsApp.
[+54 9 11 2283 9356](https://www.whatsapp.com/business/profile/5491122839356)

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís con este “libro a la gorra” (ver página 1).
- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:
 - Comprando libros firmados por adelantado.
 - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como nota al pie al final del primer relato.

- Hacés circular este libro. Y los anteriores que tengas, también.
- Me ayudás a repartir libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pilón.
- Compartís en redes sociales:
 - Tus cuentos favoritos. Los encontrás publicados en mi blog, ¡googlealos!
 - Una foto del libro.
- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ayudás a revisar/corregir mis próximos libros.
- Me ayudás a traducir relatos.

Libros de mi autoría

1. *Punto Rosalía*
2. *Una aventura miserable*
3. *Esto no va a ser fácil*
4. *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida*
5. *Libro del futuro*
6. *La ansiedad detrás de todo*
7. *Expulsado del País de los Lectores*
8. *Entrada digna a los mares del Sur*
9. *India piramidal*
10. Nuevo libro en desarrollo, noviembre 2024

Libros selección de mi autoría

11. *La maldad imperceptible*
12. *Los malditos genios*
13. *Demasiado ruido en la mañana*
14. *Viaje de regreso a las postales*
15. Libro selección temático, marzo 2024.

Pueden descargarse gratis en mi Web.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*“Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la
sombra.”*

Rabindranath Tagore

A los lectores, por su apoyo.

A María Mercedes Guerrero, Mer, mi hermana, por revisar mis textos y por ayudarme a buscar la profundidad que puede llegar a haber en ellos. Es escritora, recomiendo sus libros.

A Oto, por ayudarme en cada uno de los aspectos de este libro. Sin su ayuda, todo sería más difícil.

A Mariano Jofré, por encargarse de que las tapas del libro sean hermosas. Su humildad y generosidad son admirables.

A Gaby, Gabriel, Silvina, Luca y Mariana, por ayudarme en varios de los frentes del libro.

A quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos a otros idiomas. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A mis viejos, los incondicionales.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Breve biografía

“...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.”

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que “me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos”.

Siempre escribí. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2023, publiqué doce libros (ocho originales y cuatro selecciones).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Al comienzo, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más

tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé una pequeña empresa junto a mi amigo Mariano, Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en América, Europa y Asia. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Esta edición se publica bajo una *Licencia Creative Commons* muy abierta que califica como *Licencia de Cultura Libre*. Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante marzo de 2023. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.

Notas

[←1]

En parte, podés leer este relato gracias a Febo, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.